

SOCIALISMO CUBANO: REVOLUCIÓN, MARXISMO Y COMUNICACIÓN



MARXLENIN PÉREZ VALDÉS

**Socialismo cubano:
Revolución, marxismo y comunicación**

MARXLENIN PÉREZ VALDÉS (La Habana, 1983). Licenciada en Filosofía Marxista Leninista (2007). Máster en Ciencias Sociales y Doctora en Ciencias Filosóficas. Profesora Titular de Marxismo por la Universidad de La Habana. Obtuvo una beca de investigación en la Sorbonne Nouvelle Paris 3, del 2016 al 2017. Ha impartido conferencias en distintos espacios académicos tanto dentro como fuera del país. Es coautora del libro *Frei Betto. Al borde de una paradoja*, y autora de disímiles artículos, capítulos de libros y ensayos científicos y de divulgación con traducción al inglés, alemán y catalán. Es colaboradora del sitio web *Cubadebate*. Desde el 2022 se desempeña como guionista y conductora del programa de televisión cubana sobre economía: *Cuadrando la Caja*. Actualmente es Coordinadora de Planificación Editorial de Ideas Multimedia. Sus principales líneas de investigación son marxismo, hermenéutica filosófica, filosofía de la comunicación y Revolución Cubana.

Socialismo cubano: Revolución, marxismo y comunicación

Marxlenin Pérez Valdés



CUBA DEBATE
Contra el Terrorismo Mediático

ocean
s u r



Derechos © 2025 IDEAS Multimedia
Derechos © 2025 Ocean Press y Ocean Sur
Derechos © 2025 Marxlenin Pérez Valdés

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, conservada en un sistema reproductor o transmitirse en cualquier forma o por cualquier medio electrónico, mecánico, fotocopia, grabación o cualquier otro, sin previa autorización del editor.

ISBN: 978-1-923074-57-6

Primera edición 2025
Impreso en Colombia por Editorial Nomos S.A.

PUBLICADO POR OCEAN SUR
OCEAN SUR ES UN PROYECTO DE OCEAN PRESS

E-mail: info@oceansur.com

DISTRIBUIDORES DE OCEAN SUR

América Latina: Ocean Sur ▪ E-mail: info@oceansur.com
Cuba: Prensa Latina ▪ E-mail: plcomercial@cl.prensa-latina.cu
EE.UU., Canadá y Europa: Seven Stories Press

▪ 140 Watts Street, New York, NY 10013, Estados Unidos ▪ Tel: 1-212-226-8760
▪ E-mail: sevenstories@sevenstories.com

ocean
sur



www.oceansur.com
www.facebook.com/OceanSur

ÍNDICE

Introducción	1
Revolución	
Somos seres en transición	7
El 11J, un análisis necesario (Entrevista)	15
Esta sigue siendo una batalla de ideas	28
La construcción del pueblo cubano o la hermenéutica revolucionaria de Fidel	30
Antes que todo está el pueblo	39
Transición socialista: ¿por dónde vamos?	44
Marxismo	
Socialismo y juventud	49
Viaje al mundo Marx	56
El nombre, el hombre y el genio	61
¿Dónde lavan las mujeres?	65
«Sin marxismo no hay Revolución»	71
¿Dónde está el sujeto revolucionario?	76
Comunicación	
Apuntes para una guerrilla semiótica	81
Los símbolos que nos rodean. La cultura como campo de batallas	95

Dime con quién te informas, y te diré quién eres	104
La vida en <i>reels</i>	109
¿Mundos paralelos? Las revoluciones entre lo «real» y lo «virtual»	115
¿Pensar o actuar?	120

AGRADECIMIENTOS

Un libro siempre será sinónimo de colectividad y como tal de responsabilidades compartidas; nunca es el esfuerzo de una sola persona, ni siquiera de quien lo escribe. Por eso agradezco muy especialmente a David Deutschmann, director de la editorial Ocean Press-Ocean Sur y a Randy Alonso, director de Ideas Multimedios y de *Cubadebate*, por materializar el texto que tienes ante ti.

A David, por su empeño para que mi primer libro en solitario por fin existiera y lo haga bajo el sello de Ocean.

A Randy, quien me permitió escribir para *Cubadebate* y con ello poder hablarle al pueblo.

A Ocean Sur y a *Cubadebate*, porque son plataformas desde la izquierda para desafiar la colonización cultural y epistemológica capitalista.

Al equipo de Ocean por su sentido del deber.

A Mónica Corrieri, la editora de estas páginas, filósofa de profesión y mi amiga fiel desde hace más de 20 años.

A mis padres, Flora y Julio, responsables de todos mis aciertos.

A Iroel Sánchez, quien me animó a escribir y fue el primer crítico de muchos de los artículos aquí reunidos.

Al lector anónimo o, lo que puede ser igual, al pueblo cubano.

«Usted tenía razón, Tallet: somos hombres de transición»

Entre los blancos a quienes, cuando son casi polares, se les ve circular la sangre por los ojos, debajo del pelo pajizo,

Y los negros nocturnos, azules a veces, escogidos y purificados a través

de pruebas horribles, de modo que solo los mejores sobrevivieron y son la única raza realmente superior del planeta;

Entre los que sobresaltaba la bomba que primero había hecho parpadear a la lámpara y remataba en un joven colgando del poste de la esquina,

Y los que aprenden a vivir con el canto marchando vamos hacia un ideal,

y deletrean Camilo (quizá más joven que nosotros) como nosotros Ignacio Agramonte (tan viejo ya como los egipcios cuando fuimos a las primeras aulas);

Entre los que tuvieron que esperar, sudándoles las manos, por un trabajo,

por cualquier trabajo,

Y los que pueden escoger y rechazar trabajos sin humillarse, sin mentir,

sin callar, y hay trabajos que nadie quiere hacerlos ya por dinero, y tienen que ir (tenemos que ir) los trabajadores voluntarios para que el país siga viviendo;

Entre las salpicadas flojeras, las negaciones de San Pedro, de casi todos

los días en casi todas las calles,

Y el heroísmo de quienes han esparcido sus nombres por escuelas,
granjas, comités de defensa, fábricas, etcétera;
Entre una clase a la que no pertenecemos, porque no podíamos ir
a sus
colegios ni llegamos a creer en sus dioses,
Ni mandamos en sus oficinas ni vivimos en sus casas ni bailamos
en sus
salones ni nos bañamos en sus playas ni hicimos juntos el amor ni
nos
saludamos,
Y otra clase en la cual pedimos un lugar, pero no tenemos del todo
sus
memorias ni tenemos del todo las mismas humillaciones,
Y que señala con sus manos encallecidas, hinchadas, para siempre
deformes,
A nuestras manos que alisó el papel o trastearon los números;
Entre el atormentado descubrimiento del placer,
La gloria eléctrica de los cuerpos y la pena, el temor de hacerlo mal, de
ir a hacerlo mal,
Y la plenitud de la belleza y la gracia, la posesión hermosa de una
mujer
por un hombre, de una muchacha por un muchacho,
Escogidos uno a la otra como frutas, como verdades en la luz;
Entre el insomnio masticado por el reloj de la pared,
La mano que no puede firmar el acta de examen o llevarse la maldita
cuchara de sopa a la boca,
El miedo al miedo, las lágrimas de la rabia sorda e impotente,
Y el júbilo del que recibe en el cuerpo la fatiga trabajadora del día y el
reposo justiciero de la noche,
Del que levanta sin pensarlo herramientas y armas, y también un
cuerpo
querido que tiembla de ilusión;

Entre creer un montón de cosas, de la tierra, del cielo y del infierno,
Y no creer absolutamente nada, ni siquiera que el incrédulo existe de
veras;

Entre la certidumbre de que todo es una gran trampa, una broma
descomunal, y qué demonios estamos haciendo aquí, y qué es aquí,
Y la esperanza de que las cosas pueden ser diferentes, deben ser
diferentes, serán diferentes;

Entre lo que no queremos ser más y hubiéramos preferido no ser, y lo
que todavía querríamos ser,
Y lo que queremos, lo que esperamos llegar a ser un día, si tenemos
tiempo y corazón y entrañas;

Entre algún guapo de barrio, Roenervio por ejemplo, que podía
más que
uno, qué coño,

Y José Martí, que exaltaba y avergonzaba, brillando como una
estrella;

Entre el pasado en el que, evidentemente, no habíamos estado, y por
eso era pasado,

Y el porvenir en el que tampoco íbamos a estar, y por eso era
porvenir,

Aunque nosotros fuéramos el pasado y el porvenir, que sin
nosotros no
existirían.

Y, desde luego, no queremos (y bien sabemos que no recibiremos)
piedad ni perdón ni conmiseración,

Quizá ni siquiera comprensión, de los hombres mejores que vendrán
luego, que deben venir luego: la historia no es para eso,

Sino para vivirla cada quien del todo, sin resquicios si es posible
(Con amor sí, porque es probable que sea lo único verdadero).

Y los muertos estarán muertos, con sus ropas, sus libros, sus
conversaciones, sus sueños, sus dolores, sus suspiros, sus grandezas,
sus pequeñeces.

Y porque también nosotros hemos sido la historia, y también
hemos
construido alegría, hermosura y verdad, y hemos asistido a la luz,
como
hoy formamos parte del presente.
Y porque después de todo, compañeros, quién sabe
Si solo los muertos no son hombres de transición.

Roberto Fernández Retamar.

**NOS PUEDES
ENCONTRAR
EN DIFERENTES
LIBRERÍAS EN
LA HABANA**

Prado N° 553, e/ Teniente Rey
y Dragones, Habana Vieja.

f LibreríaAbrilCuba



LIBRERÍA CUBA VA

Calle 23 esq. a J,
Vedado.

INTRODUCCIÓN

Este no es un libro de academia, aunque en sus orígenes fuera todavía —solo— una académica. No es un tratado sobre teoría, a pesar de que sus ensayos más antiguos se pensaron como respuestas a las inquietudes conceptuales de mis estudiantes en los cursos de Teoría e historia del marxismo, en la Universidad de La Habana. Tampoco es un manual de aprendizaje, no tiene la menor intención de dar instrucciones ni definiciones, amén de que «la voz de la autora» dificulte ocultar la vocación pedagógica. Y, por último, no es un folleto periodístico, aun cuando fue concebido en su totalidad para medios digitales de comunicación, con énfasis en el sitio web *Cubadebate* como repositorio principal de este esfuerzo reflexivo.

¿Qué tipo de libro es, entonces? Es, básicamente dos en uno: el de diálogos y el de transición, como nosotros mismos.

Un libro de diálogos

A través de preguntas y respuestas se conversa con los estudiantes, con los lectores habituales de *Cubadebate*, con mis profesores, con colegas de trabajo, con nuestros dirigentes, con la historia patria, con el pueblo cubano y, sobre todo, con la Revolución y el socialismo. En este sentido, las interrogantes que plantea se pueden enmarcar en tres grandes ejes temáticos: 1) aquellas que fueron pensadas desde la comunicación como

actividad práctica que a partir del nuevo paradigma digital ha trastocado todos los sistemas de relaciones sociales; 2) las vinculadas al marxismo crítico como constante ideológica de todas las páginas que siguen; y 3) las preocupaciones sobre el estado de la Revolución, ante los avatares cotidianos que deben saberse resolver creadoramente y desde el punto de vista del comunismo. A fin de cuentas, no seríamos lo que somos hoy sin la Revolución que triunfó en 1959.

De modo que, marxismo, comunicación y revolución estructuran los tres pilares en los que se agrupan los 18 textos reunidos en este volumen. Por supuesto, se trata de una división puramente metodológica, un criterio organizativo-editorial para darle una coherencia epistemológica más que cronológica a tópicos que en la realidad se dan de manera conexas y que tienen como centro esencial la preocupación sobre el contemporáneo, sobre el ser humano, sobre el pueblo.

¿Para qué se hace una revolución si no es para que el pueblo viva mejor que antes? ¿Dónde está el sujeto revolucionario hoy: en los *reels* o en las calles? ¿Cómo articular la unidad en la Era de la fragmentación entre el mundo digital y el mundo analógico? El análisis de estas y otras interrogantes planteadas más adelante conduce a una reflexión sobre nuestras condiciones objetivas de vida, de ahí la necesidad de movilizar al marxismo como teoría social crítica que contiene las primeras respuestas, aunque no las últimas. Esas las debemos dar nosotros.

Asumiendo al marxismo como ciencia e ideología de la Revolución, determinados contenidos son recurrentes a la hora de interpretar las problemáticas abordadas:

- La cuestión del «punto de partida», ya que está directamente vinculado a la posición clasista e ideología de quien analiza.

- La necesidad de realizar la crítica, pero entendiéndola en sentido filosófico: como el estudio de las estructuras inherentes al sujeto que están condicionando un tipo específico de producción de su vida, material y espiritual.
- La actualidad de la lucha de clases en Cuba y la urgencia de mantener la correlación de fuerzas hacia la dictadura del proletariado.
- El imperativo de asumir al socialismo como la transición. La paradoja del socialismo que no está concebido para eternizarse, en tanto es la construcción de una sociedad superior y distinta.
- La preocupación sobre el pueblo, el sujeto del cambio, la cultura, la justicia social y la permanencia de la Revolución.
- Los peligros del modo de producción capitalista que tocan a nuestra puerta, el imperialismo y sus nuevas formas de reproducirse, su impacto en nuestras subjetividades.
- El llamado a que la comunicación sea concebida de manera política, contrahegemónica, revolucionaria y orgánica entre el pueblo, el proyecto y el gobierno para que pueda ser un arma efectiva en la batalla de ideas.
- La importancia de releer las *Tesis sobre Feuerbach*, de Carlos Marx, porque recoge la concepción dialéctico-materialista de la historia: la unidad entre la teoría y la praxis y, por tanto, el llamado a ir más allá de la interpretación pasiva para poder transformar nuestras circunstancias, revolucionariamente.

Hay un hilo conductor que teje la interrelación entre esos y otros asuntos desarrollados en este libro, se trata de la urgencia de producir una teoría crítica propia sobre el socialismo en Cuba

que parta del marxismo y sus avances en este campo, pero que sea capaz de darle continuidad y enriquecerlo con la actualidad del problema. Es una deuda que tenemos los intelectuales de izquierda, por eso no podemos cesar de pensar la Revolución y sus avatares; un esfuerzo que debe entenderse colectivo, plural y urgente.

Un libro de transiciones

Comencé a escribir como profesora y concluí siendo algo más. La responsabilidad de comunicar para un público mayor que la matrícula de un aula de filosofía demandó ajustar el lenguaje a usar y con ello el pensamiento mismo. Esta modificación que no se resume a un cambio de estilo, supuso una ardua tarea de deconstrucción de códigos, discursos y esquemas mentales, lo que a su vez implicó reformular mi actitud ante la vida. Se volvió otra forma de asumir la militancia o, en otras palabras, la profesión.

Se debe a una elección y no a la casualidad que haya dedicado más tiempo y esfuerzos en los últimos años para escribir textos de «opinión» que no para redactar artículos científicos y competir por ubicarlos en las llamadas revistas del grupo 1, por su impacto internacional. El viejo planteamiento de los griegos en términos binarios, como *doxa versus episteme*, se ha cristalizado en el actual fetichismo científico capitalista que busca dejar fuera de la ecuación al sujeto sentipensante, portador de ideologías, porque lo considera fuente de errores.

No es el rechazo a la ciencia lo que me asiste, sino a la instrumentalización positivista que elimina su filo subversivo y su función social humanista. Es por eso que tengo en alta estima el privilegio que me brinda *Cubadebate* de utilizar la *doxa* (opinión) para reivindicar un tipo de diálogo socrático con un público

mayor, heterogéneo y por ello más complejo, sabiendo que no tiene sentido escribir si nadie te entiende o te lee. La verdad no debe ser propiedad de pocos ni de élites, sino estar al alcance de nuestros pueblos para que se sirvan de ella.

Como la comprensión humana es siempre contextual, este es un libro de conversaciones en el tiempo del socialismo cubano, ese que nos tocó vivir y gracias al cual somos mujeres y hombres en transición.

Dra.C. Marxlenin Pérez Valdés.

OCEAN SUR EN LA WEB

UNA EDITORIAL LATINOAMERICANA

www.oceansur.com
www.facebook.com/OceanSur

Un amplio e interactivo catálogo de publicaciones que abarca textos sobre la teoría política y filosófica de la izquierda, la historia de nuestros pueblos, la trayectoria de los movimientos sociales y la coyuntura política internacional.

Ocean Sur es un lugar de encuentros.



REVOLUCIÓN

Somos seres en transición*

Soy profesora en una universidad cubana, lo cual me impulsa a honrar una tradición ilustre de maestros que viven en el alma de la nación. Específicamente, soy profesora de marxismo. De manera tal, que aquella tradición criolla ha de dialogar con esa otra marxiana y leninista que habita en la esencia de la Revolución. Es un gran reto, no solo teórico, sino sobre todo práctico.

La semana pasada, durante el análisis en clase de la tesis XI de Marx sobre Feuerbach¹ —la más conocida de las once tesis—, una estudiante preguntó por qué la Revolución Cubana debía seguirse llamando revolución. Elegí el método problémico, por lo que se habían abierto otras líneas de debate, pero sin dudas esta fue y es, una de las más importantes.

Ernesto Guevara hacia el año 1965 decía que, en la concepción de una nueva sociedad, teníamos que competir muy duro con el pasado. En su pensamiento estaba latente el tema

* Publicado en *Cubadebate*, el 2 de junio de 2023, <http://www.cubadebate.cu/opinion/2022/06/02/somos-seres-en-transicion/>

¹ «Los filósofos no han hecho más que interpretar de diversos modos el mundo, pero de lo que se trata es de transformarlo». Carlos Marx, en *Tesis sobre Feuerbach*. Redactadas por Marx en 1845 en paralelo con la coescritura junto a Federico Engels de *La ideología alemana*.

del socialismo como transición entre dos mundos. ¿Contra qué competimos hoy en función de la nueva sociedad en transición? ¿Cómo se materializa en la actualidad esa pugna entre pasado, presente y futuro? ¿Por qué la Revolución Cubana debería seguirse llamando revolución?

No puedo dejar de recordar aquí, una sagaz profesora que nos llamaba la atención sobre algo crucial: no se puede ser revolucionarios todos los días. Todavía al repetirlo de memoria, la voz con ironía de la autora es la que entona la frase. ¿Será que en esos intervalos en los que no hemos podido ser revolucionarios en la transición, una imagen del mundo unas veces quieto y otras estático, se ha instaurado desde el sentido común?

Cuando Carlos Marx analizó el fenómeno de la enajenación, y partía de Feuerbach para hacerlo, escribió que la alienación religiosa provocaba una conciencia invertida, porque era fruto de un mundo invertido. Siguiendo la sospecha marxiana, cabría preguntarnos: ¿en qué sentidos, nuestro socialismo está provocando la posibilidad de asumir que la Revolución Cubana dejó de ser revolucionaria?

Para pensarlo no queda otro camino que intentar reflexionar, al unísono, sobre la Revolución y el socialismo cubanos como dos órganos vitales en un mismo ser. Preguntarnos cómo vamos a sistematizar una teoría social cubana sobre el socialismo (el nuestro) como transición entre el capitalismo y el comunismo. Una teoría actualizada que contenga la argumentación del desarrollo del socialismo en condiciones de poscolonialismo; en condiciones de subdesarrollo; en condiciones de bloqueo económico, comercial, financiero y, por tanto, político; y también, como resultado de la cubanidad.

Esta teoría socialista debe ser multilateral y creadora. Debe ser enriquecida permanentemente desde lo autóctono y desde

el marxismo crítico. Es decir, desde una rigurosa producción científica en general, que comprenda e integre el desarrollo profundo de la economía (política), la filosofía, la historia, la sociología, la cultura, la política, las artes, la ética, la estética, y por supuesto, la biotecnología, la medicina, la física, la biología, etc. Una teoría que descansa en una contraposición orgánica entre la teoría y la práctica.

Ha sido propio del socialismo practicar el viejo método de ensayo-error. Sin embargo, no por ello lo vuelve menos riguroso, porque antes, este experimento social debe ser el resultado de la técnica en función de la vida política, de la racionalidad, del pensamiento colectivo, de la previsión. No se trata de improvisar, en tanto no hay tiempo que perder.

Allí donde el resultado de esa confrontación entre la teoría y la práctica produce resultados fallidos, no los podemos dejar enmohecerse; sino que debemos volverlos en objetos inmediatos para el análisis y la rectificación desde la experiencia de lo que no debemos repetir. Así como allí donde el resultado fue favorable, no debe asumirlo el socialismo como definitivo, sino como punto de partida para el siguiente nivel en la construcción de un mundo cualitativamente superior.

Funciona así el socialismo como escuela diaria en la cual estamos obligados a aprender. Nos enseña todo lo que no debemos reproducir de ese sistema de relaciones sociales que se pretende dejar definitivamente atrás: el capitalista. Pero también nos educará mejor, en la misma medida en la que sea capaz de trazar el camino para transitar hacia el comunismo.

De manera tal que no tiene sentido hablar de socialismo sin hacerlo del comunismo —aún cuando el tema (a)parezca pasado de moda. Es en este sentido, la construcción de otro mundo dentro del cual él es un punto de partida imprescindible,

elemento mediador entre un sistema que no quiere dejar de existir y otro que está en creación. Pero para lograrlo, la participación colectiva no es un accesorio. Se requiere el involucramiento de la totalidad de nuestra sociedad.

Solo la participación general, popular, colectiva e integradora, puede condicionar la transformación de una sociedad en otra; de un mundo viejo en otro nuevo. Para tomar el cielo por asalto no basta con unos pocos, máxime si ese cielo dará cobijo a muchos. Para transformar nuestra forma de apropiarnos de la realidad, dependemos de un movimiento colectivo, interrelacionado y motivador de una praxis revolucionaria.

Por ello, como mucho se ha dicho últimamente, el socialismo cubano requiere sumar, incorporar, formar y aglutinar esa diversidad. Tiene que seguir aprehendiendo y descubriendo nuevos modos de enamorar y conquistar al ser humano y a su contemporaneidad.

Sin la participación colectiva el proyecto permanece solo como proyecto, y se anquilosa en el tiempo. Se volvería infinito, y al hacerlo, olvidaríamos que es transición. Entonces, petrificado, dejaría de ser, o lo que es peor, volvería a ser aquello que hace tantos años negó. El peligro siempre latente de lo que Fidel Castro alertó: la reversibilidad de la Revolución Cubana, o lo que es igual: la negación del nuevo mundo a partir de la destrucción del proyecto que lo contiene.

La Revolución con su triunfo de 1959, conquistó todas las dimensiones posibles para su tiempo. Gracias a ello construyó con el cambio revolucionario de las circunstancias, ciudadanos con predisposición revolucionaria, es decir, ciudadanos activos. El sujeto de y para su revolución.

La pregunta de la alumna no me abandona. Para que hoy la Revolución siga siendo revolucionaria, no puede renunciar a

la transformación multilateral de la conciencia social; de las subjetividades individuales; de las mentalidades. Lo que se traduce en continuar transformando gustos, aspiraciones, necesidades, deseos, sueños, expectativas; así como lo hizo con éxito la joven Revolución.

Pero para esto debemos retomar el debate en perspectiva acerca del socialismo como transición hacia una sociedad mejorada. Es decir, incorporar en el diálogo la idea del comunismo y de que, por tanto, el socialismo no es la meta en sí, sino el sendero. El socialismo no es la lucha final, por más alto que lo entone la canción. La lucha final —de haberla— solo llegaría como expresión común(ista) de la realización plena de los seres humanos.

Es por ello que el socialismo cubano, requiere que se extienda el sujeto revolucionario. No debe (re)producir individuos igualados, sino plurales. Solo idénticos entre sí, en tanto compartan el respeto hacia aquello que nos haga verdaderamente humanos. Necesitamos pues, heterogeneidad y diversidad, en el mismo sentido en el que necesitamos seres humanos éticos, morales, solidarios, virtuosos, y dignos. El consenso alrededor de estas como cualidades superiores, cómplices de un fin común, debe provocar el socialismo.

De ahí que está llamado a ser una permanente revolución cultural, educativa y científica, con tal de que sea capaz de impulsar el desarrollo de sus ciudadanos. Tiene que enseñar y aprender a dejarnos hacer, y en ese proceso, generar las condiciones materiales para que podamos crear de forma ascendente y renovadora.

Debe enseñarnos a percibir que no todas las relaciones que crea (el socialismo cubano), son llamadas a quedarse. Ellas no son el ideal, siempre que contengan vestigios del viejo mundo

capitalista. En este sentido debe ser también revolucionario: en su capacidad para prescindir de sus propias producciones. No es una etapa de la cual aferrarse.

Muy importante, el socialismo cubano debe seguir siendo expresión de la rebeldía, de la cubanidad y no de la inercia socialista. Sobre todo, porque la inercia socialista es apenas un espejismo de una realidad que ya no existe. Tiene que proyectarse terrenal y trascendente a la vez. El que se decide en la cotidianidad, y el que no pierde de vista el fin último y superior.

De ahí que la autocrítica le ocupe un lugar central. Sin ella, el socialismo cubano no puede superarse a sí mismo, superando a su tiempo. Ella es la brújula perfecta para rectificar a cada momento el rumbo. La autocrítica contiene la crítica en tanto estudio de las condiciones objetivas que provocan el actual estado de las cosas, y le suma la toma de conciencia (autoconciencia) sobre aquello que nosotros —unas veces sujeto; unas veces ciudadano: otras, dirigente y otras, líder— produjimos de una forma y no de otra.

Una toma de conciencia acerca de la importancia de la humildad y la humanidad, que ayude a detectar nuestros errores —tan inevitables, como necesarios— y a relacionarnos con ellos de forma saludable. El capitalismo sentencia a los perdedores. Sobre esto construye sentidos estrictos desde el terror, para quienes no sean percibidos por los demás como ganadores —o una acepción muy gringa y unilateral de la misma. Tiene a la industria cultural para reproducir estos estereotipos. Para ello modela la imagen de capitalista pleno. La Revolución Cubana debe instaurar la conciencia humanista sobre la equivocación, en tanto el error es parte de la transición. Una rectificación dialéctica de los mismos que conduzca a la autosuperación de sus

ciudadanos, sin dejar de ser severa allí donde advierta las desviaciones del sendero. A nuestro socialismo no le queda más remedio que ser polémico.

Tiene que ser una Revolución integral, en todas las direcciones, para que pueda siempre ser una Revolución de pinos viejos a pinos jóvenes y de jóvenes a viejos. El socialismo cubano debe lograr integrar en lugar de dividir, porque depende de todos el que la Revolución Cubana siga siendo revolucionaria.

Como nos dijo Retamar en versos dedicados a Tallet, nosotros mismos somos seres en transición. En ese sentido, el socialismo cubano debe representar un movimiento constante en la transformación del sentido común que apuntala cierta apropiación de la Revolución Cubana como acabada. Perteneciente a otra época. Como si ella fuera expresión solo de un tiempo pretérito, dislocada del presente.

En la misma medida en la que la Revolución Cubana encuentre nuevos espacios para subvertir, el socialismo cubano habrá avanzado en la configuración del nuevo mundo. Porque una y otro, son la materialización de la praxis transformadora en sentido marxiano. El mismo despliegue transformador. Un solo grito movilizador. Una misma esperanza en el mejoramiento humano.

La Revolución Cubana es también la expresión palpable y viviente de la existencia del socialismo. Y el socialismo está llamado a ser contradicción, contrapunteo, batallar, transformación, subversión. Si la revolución se detuviera, el socialismo en Cuba significaría: lugar que no existe en alguna parte, como dice el concepto de utopía. Se volvería memoria muerta. Lo mismo que si el socialismo se nos enquistara, la Revolución no sería más ni revolucionaria, ni cubana.

Juntos son el movimiento real hacia lo posible-imprescindible. Conexiones dentro del movimiento hacia el comunismo, entre las cuales, lo revolucionario es condición determinante. Sin embargo, cuando hayamos terminado de «construir» el socialismo, significará que hemos empezado a solidificar el comunismo, y entonces, también allí, necesitaremos que la Revolución Cubana siga siendo revolucionaria.

El 11J, un análisis necesario (Entrevista)*

A la memoria de Abel Santamaría

*... lo más terrible se aprende enseguida
y lo hermoso nos cuesta la vida.*

*La última vez lo vi irse
entre el humo y metralla,
contento y desnudo:
iba matando canallas
con su cañón de futuro.*

Canción del elegido, Silvio Rodríguez

A un año de los sucesos del 11J, «Cuba en Resumen» conversa con jóvenes cubanos para compartir sus análisis, reflexiones y miradas desde este presente complejo y la esperanza de futuro.

Marxlenin Pérez Valdés es graduada de la Facultad de Filosofía e Historia de la Universidad de La Habana (UH), Doctora en Ciencias y Profesora Titular de marxismo-leninismo. Ha realizado estudios de postgrado en París, sus artículos han sido publicados en revistas de ciencias filosóficas y educación. Es colaboradora de *Cubadebate* y *Resumen Latinoamericano-Cuba*. Junto a sus tareas docentes, actualmente conduce el espacio

* Publicado en *Resumen Latinoamericano*, el 12 de julio de 2022, <https://cubaenresumen.org/2022/07/12/el-11j-un-analisis-necesario/>

televisivo Cuadrando la Caja, «una nueva propuesta televisiva para debatir, cuestionar y llegar a consensos, desde el socialismo cubano», define en su espacio cada domingo a las 7:00 p.m. cuando comienza el programa.

Muchas Gracias Marxlenin, un honor contar con tu apreciación.

Cuba en Resumen (CR): Días previos al 11J el país se encontraba en una situación muy compleja. La crueldad del recrudecimiento del bloqueo en medio de la pandemia, provocó la falta de insumos médicos vitales para enfrentar el peor brote de COVID-19 que atravesó la isla. En paralelo, la dirección del país hacía un esfuerzo sin parangón en la historia, para inmunizar con vacunas propias a todo el pueblo. La escasez de alimentos, medicinas y el colapso de algunos hospitales, fue utilizado perversamente por Estados Unidos en el intento de provocar un estallido social utilizando para ello sectores marginales, en muchos casos con prontuario delictivo, mercenarios, y al que se plegaron también personas confundidas. Previo a estos hechos, desde el 2020, hubo un ataque constante a la cultura para herir el alma de la nación.

La agresividad de los manifestantes desplegada en las calles el 11J mostró al país el rostro del odio y la brutalidad irracional, en el intento oportunista de asestar un golpe blando, siguiendo al dedillo el guion del manual de Sharp.² A la vez se desplegaba en el mundo una campaña mediática sin precedentes que ocupó titulares de prensa, redes sociales e históricos influencers proliferaban noticias e imágenes falsas, magnificaban los hechos, acusaban a quienes salieron a defender las conquistas logradas y llamaban sin reparos a la invasión. Las redes sociales estallaron en descalificaciones. Las publicaciones en

² Se refiere a la obra de Gene Sharp que da cuenta de una metodología para provocar golpes de Estado mediante acciones «no violentas», conocidos también como golpes blandos.

Facebook hicieron alarde de vulgaridad, grosería, ausencia de las más elementales reglas de ortografía y educación, y una enorme agresividad contra la Revolución. Fue llamativo el ataque verbal desde las redes hacia quienes defienden el socialismo y se identifican comunistas.

¿Cómo analizas hoy aquellos hechos?

Ha pasado un año desde que «aquellos hechos» ocurrieron. Esto puede ser favorable para el análisis, por cuanto nos da la posibilidad del distanciamiento; pero también puede ser tramposo, en tanto bien sabemos desde las ciencias sociales que la memoria histórica borra. Así que trataré de movilizar los recuerdos lo más objetivamente posible, en función de la pregunta inicial.

Me gustaría comenzar por llamar la atención brevemente sobre algo que entonces tuve la oportunidad de comentar en un podcast para *Cubadebate*, en el que participé junto a otros dos profesores de la Universidad de La Habana y que hoy, al parecer, no ha perdido del todo validez. Se trata del lenguaje que empleamos sobre los días 11 y 12 de julio de 2021 en Cuba. En ocasiones persiste timidez al referirse a ello, y se le nombra desde una abstracción: «los hechos» o «lo sucedido», en lugar de: protestas pasivas y violentas, disturbios, hechos vandálicos, etc. que afectaron —de un modo u otro— a todas y todos los cubanos. Pero el lenguaje tiene un propósito desde el cual debe ser usado. Llamar por su nombre aquellos «hechos», presupone un punto de partida un tanto más riguroso desde el cual comenzar el análisis de lo que en verdad ocurrió.

Sin ánimos de hacer el recuento de lo vivido, además porque ha estado bastante cubierto desde distintos enfoques y medios de comunicación, me gustaría solo permitirme algunas

notas puntuales, en el orden de las experiencias que nos dejaron aquellos lamentables días de julio:

- No fueron iguales en carácter ni intencionalidad, las protestas de los días 11 y 12 de julio de 2021. Protestas espontáneas (para reclamar la satisfacción de necesidades y expectativas cuya realización no excedían los límites del socialismo), se metamorfosearon rápidamente en manifestaciones construidas por la oposición, fundamentalmente desde las redes virtuales para desestabilizar, atemorizar, crear caos, confusión, violencia y, en definitiva, atentar contra el gobierno y el sistema político cubanos.
- Fueron el resultado de la mezcla explosiva resultante de la síntesis de condicionantes internas y externas al país. En lo interno, una cotidianidad saturada por el desgaste y la acumulación de necesidades de la población – muchas de estas insatisfechas dentro del país –; de conjunto con el cúmulo de avatares y preocupaciones que invadió a cada familia, por la entonces difícilísima situación sanitaria y epidemiológica provocada por la COVID-19. Paralelo, en lo externo se operó la intensificación de medidas coercitivas unilaterales de Estados Unidos hacia Cuba. Dígase las tantísimas medidas anunciadas públicamente, pero también los millones de dólares que se gastan para financiar sus agendas de golpe blando y por tanto a sus propios actores de cambio. Todo lo cual forma parte también del integral bloqueo económico, comercial, financiero y político de Estados Unidos hacia Cuba, cuyo efecto es determinante en la gestión gubernamental y la vida del país.

- A épocas complejas, deben caracterizarle soluciones creadoras. Llevamos años donde las dificultades se nos han multiplicado y las soluciones no siempre se vislumbran a corto plazo. No hay que esperar a que estallidos populares —de ningún tipo— sacudan al poder, sino que debe ser el sistema político socialista cubano, propiciador de nuevos y constantes mecanismos de poder que impliquen una mayor participación colectiva y que permitan el control popular. O, dicho en otras palabras: el Estado socialista como sujeto de la constante democratización de sí mismo y de las demás dimensiones de la sociedad.
- No se puede comprometer la relación directa pueblo-Estado, convertida en tradición a partir de 1959 que descansó siempre en una comunicación revolucionaria y directa entre el pueblo y sus representantes. Un tipo de comunicación entre los ciudadanos y sus dirigentes, aterrizada por las demandas populares de las mayorías y la imprescindible capacidad receptiva-operativa de los gobernantes.
- Es trascendental para el socialismo la construcción de sentidos, de conciencia, de símbolos, de líderes, etc. mediante la comunicación digital, las TIC y las guerras cognitivas, sin olvidar que dicha formación de conciencia no puede descansar solo en la dimensión virtual.
- A su vez, es decisivo estudiar el papel central que están desempeñando las redes virtuales, la inteligencia artificial, los algoritmos matemáticos, la manipulación mediática vía digital y la comunicación social para entender cómo están influyendo en la vida de los cubanos de entonces, hoy y mañana.

- El problema real —amén de las nuevas manifestaciones— sigue siendo el de la lucha de clases. El enfrentamiento entre un mundo viejo que se aferra a su hegemonía capitalista, y uno nuevo que representa la existencia real de una alternativa diferente para la humanidad. Por ello a la comunicación social aislada, no le es posible trascender este dilema histórico. Hay que acompañarla orgánicamente de otras ciencias.
- El deterioro y, en algunos casos, la ausencia de una conciencia histórica y de clase en la actualidad dentro de nuestro país, es una urgencia que debe ser atendida si no se quiere repetir la agonía del 11 y el 12 de julio del año pasado. Las personas saben que lo que «viene» a la bodega no alcanza para todo el mes, pero ¿acaso pueden percibir juicios generales más allá de su compleja cotidianidad? ¿Nuestro sentido del momento histórico rebasa nuestras emergencias individuales?
- Hay que lograr que las prioridades personales confluyan con las del proyecto nación. O, más bien, conseguir que nuestro socialismo continúe representando la vía por excelencia para la realización personal y colectiva de las mayorías, donde lo privado y lo colectivo entren en armonía en pro del bien común y la coexistencia pacífica.
- No cambió tras los disturbios del 11 y 12 de julio de 2021 el hecho de que la totalidad de nuestras expectativas están puestas en función del socialismo garantizado por la Revolución Cubana. No debemos permitir que ambos entren en contradicciones insalvables.

¿Cuál fue la reacción del claustro de profesores de la Universidad de La Habana?

Como se sabe, el claustro de profesores de la UH es bien numeroso y heterogéneo, de modo que, dar una respuesta general a esta pregunta sería difícil. No obstante, al llamado de defender tanto a la Revolución, como a la propia Universidad ante una escalada de violencia y de actos vandálicos, hubo una respuesta positiva desde el compromiso y el sentido de pertenencia hacia nuestra Casa de Altos Estudios y el socialismo cubano.

Por otra parte, debe decirse que las reacciones no fueron en singular, ni homogéneas y que se iban transformando en la medida en que se fueron desarrollando las protestas, en proporción directa al nivel de violencia que se fue alcanzando. En dependencia del acceso a la información y las comunicaciones. En correspondencia con el desacuerdo ante el temor que por primera vez en mucho tiempo acechó a las calles cubanas y como resultado de la amenaza real a la paz en Cuba.

En medio de este escenario hubo un llamado común desde la dirección de la UH y desde las facultades, en consonancia con el llamado de la máxima dirección del país, para proteger la existencia de la Revolución; el cual fue respaldado por el claustro de profesores y los trabajadores de la administración, con firmeza y compromiso.

Directamente me consta que, desde mi facultad prevaleció el consenso sobre la importancia de defender la independencia y la seguridad del pueblo, allí cuando las condiciones estuvieron pintadas para la consumación de un golpe blando al gobierno cubano. Hubo consenso también, sobre proteger de posibles ataques a la Universidad de La Habana y acerca de ser consecuentes con toda la tradición revolucionaria que ella atesora.

Muchos profesores respondieron con determinación y se movilizaron a favor del proyecto humanista de la Revolución, del socialismo y del Partido Comunista cubanos. Prevaleció la convicción de que nuestros problemas debían ser analizados y solucionados por nosotros mismos, dentro de Cuba, y sobre todo dentro de nuestro socialismo.

¿Es antimperialista la juventud cubana?

Sí. Mi apreciación es que nuestra juventud es esencialmente antimperialista.

Claro, este a su vez, tendría que ser siempre un *deber ser* no solo de los jóvenes, sino de quienes apostamos por un mundo libre de colonialismos y verdaderamente humanizado.

Pero sin dudas, sobre todas las cosas, la juventud cubana es y debe continuar siendo antimperialista, y por tanto anticolonialista.

En nuestro caso, las generaciones precedentes a la juventud actual estuvieron profundamente marcadas por el triunfo revolucionario de 1959, de modo que, ellas se desarrollaron en la misma medida en la que se defendían de las constantes agresiones de quien ostenta la insignia imperialista por excelencia del mundo contemporáneo. En Cuba el antimperialismo es condición *sine qua non* para la conquista de nuestra independencia.

Pero no debemos olvidar que los principios también hay que conservarlos, y en una revolución socialista, la conservación de un principio solo puede estar garantizada mediante su constante perfeccionamiento y transformación en un nuevo valor que lo contenga superado.

Los sentimientos, principios, valores, tradiciones y costumbres, no pueden ser dejados a la espontaneidad del movimiento cotidiano. Tienen que ser el resultado de un proceso educativo

—que trascienda a la escuela—, formador, (re)productivo, consciente de construcción socialista de ciudadanas y ciudadanos revolucionarios; o lo que es igual: antimperialistas.

A dos siglos del nacimiento de Marx y 150 años de Lenin, ¿sigue vigente el pensamiento y la acción de los padres del socialismo y el comunismo?

¡Sin dudas! Ambos, junto a otros revolucionarios como Rosa Luxemburgo, Antonio Gramsci y Fidel Castro, por solo citar tres, mantendrán su vigencia (sobre todo, aunque no solamente) mientras que no superemos el «estado actual de cosas» que impone el capitalismo y su fase imperialista.

El capitalismo los conoce muy bien. Les tiene terror, porque sabe la magnitud y el alcance subversivo de sus teorías. La curiosa paradoja reside en que mientras el capitalismo exista, la obra y el pensamiento de estas figuras, también. Por ello tanto afán del imperialismo por caricaturizarlos, borrarlos de la historia, o mercantilizarlos como han hecho con la imagen del Che.

Sin embargo, sin Marx y Lenin, así como sin el marxismo, no podemos entender el mundo actual. De modo que ellos continuarán constituyendo punto de partida necesario para los que nos consideramos revolucionarios y comunistas. Sin Marx y Lenin no hay una teoría crítica sobre el capitalismo/imperialismo; sobre la burguesía; sobre el proletariado y su papel en la historia; sobre la lucha de clases; sobre la posibilidad de una sociedad humanizada, libre de enajenación, fetichismo, cosificación y explotación, donde la justicia social marque el rumbo hacia la dignidad plena de los seres humanos.

¿Cómo trabajan desde la educación y la formación política contra la banalidad, la cultura chatarra, el vacío del pensamiento y la desideologización?

En estos tiempos, esta es una pregunta crucial que deberíamos formularnos todos. Y permítaseme aprovechar la oportunidad para recordar la importancia de la enseñanza de la filosofía en esta labor. Pero no solo en la enseñanza superior sino, sobre todo, desde edades tempranas. De conjunto con la enseñanza de las artes, todas.

Nuestros niños, que son los futuros padres y madres, y sujetos revolucionarios de Cuba, necesitan ser educados de forma integral. No basta con que se sepan las tablas de multiplicación, o que tengan buena ortografía, esto, sin dudas, es importantísimo; pero es vital que esos niños de hoy aprendan —como reclamaba Martí—, a ser buenos. Hay que reforzar, por tanto, la enseñanza de valores; de los buenos modales (que no es lo mismo que reproducir comportamientos burgueses); de las normas de comportamiento social que tributen al buen vivir en colectivo, etc. Educar para la solidaridad, el compañerismo, la bondad, y el respeto.

La educación tiene que estar a la altura de los retos actuales. Y en ese sentido debemos también operar una revolución dentro de nuestras escuelas y centros de estudio. El mundo cambió, las escuelas y las universidades deben fortalecerse ante la prominencia de un capitalismo que reproduce las condiciones de la enajenación y el empobrecimiento del espíritu a un ritmo delirante.

Por eso necesitamos desde la educación —que no es solo desde las escuelas— concebir espacios que desafíen la industria cultural hegemónica que unilateraliza para dominar mejor.

Nunca antes como ahora la creatividad y la imaginación fueron tan revolucionariamente imprescindibles.

En este sentido, la labor de los profes de filosofía y de marxismo es esencial (como también lo es la de otros colegas desde sus áreas del saber). Tenemos la responsabilidad de ayudar a nuestros estudiantes a que accedan a la teoría crítica; brindarles herramientas para que piensen con conceptos; para que duden, investiguen, desconfíen; motivarlos para que lean; para que escriban; para que participen activamente desde su vida estudiantil.

Como profesora de marxismo, tenemos largas horas de debate en el aula a propósito de los mismos temas del curso. Entonces, las clases se vuelven un verdadero proceso de enseñanza y aprendizaje para ellos y para mí. Por ejemplo, entre las temáticas más debatidas dentro del maravilloso actual grupo de 3ro de Filosofía este semestre que está terminando, estuvo la del socialismo como transición entre el capitalismo y el comunismo. ¿Cómo concibieron el socialismo Marx y Engels? ¿Cuáles son sus características esenciales? ¿Qué dice la teoría marxista originaria sobre la relación capitalismo-socialismo-comunismo? Y fundamentalmente, todo esto: ¿cómo se percibe en la Cuba de hoy?

Y así, desde la enseñanza de la Filosofía y del marxismo, vamos conectando con otros saberes urgentes como la comunicación social, la ética, la estética, la política, las artes, la cultura, la economía política, la psicología, etc., en función de formar —como decimos en marxismo— al sujeto de la revolución.

Lenin nos dice que «sin teoría revolucionaria no hay práctica revolucionaria» ¿Cómo se revitaliza desde la educación y la formación el pensamiento, la obra y el legado de Martí, Fidel y Ernesto Guevara?

En Cuba tenemos la dicha de contar con extraordinarios hombres y mujeres, protagonistas de nuestra historia, nuestra imagen del mundo, y también de nuestra conciencia como nación. Y debe ser una prioridad para la patria la de conservar, mantener, respetar y revitalizar sus teorías y sus prácticas. Un país sin héroes, es un país huérfano y pobre de espíritu. No es el caso de Cuba.

Una forma de revitalizar el legado de Martí, Fidel y el Che es volver constantemente a ellos para ponerlos a dialogar con el presente. Estudiarlos a profundidad. Polemizar con sus decisiones. Ser consecuentes con sus enseñanzas. No repetirlos de memoria, sino desde la creatividad y la creación propia en función de un país mejor.

Lenin, que fue un profundo conocedor de la obra marxiana, supo de la importancia que Marx le concedió a la relación dialéctica entre la teoría y la práctica. En este sentido, en nuestro país debemos avanzar desde la educación, pero también, desde otras esferas de la ciencia, en la elaboración de las teorías filosóficas, económicas, políticas, históricas, estéticas, etc., que necesita el socialismo cubano. La creación y fundación de un cuerpo teórico-metodológico propio, que contenga las bases teóricas para la praxis socialista cubana. Este sin dudas, será un modo útil de revitalizar a Martí, Fidel y el Che, entre otras cosas, porque para semejante empresa, ellos son referencia obligatoria.

Los mismos que indujeron y financiaron el 11J apuestan desde el exterior por repetir el escenario de odio y confrontación. ¿Sigue siendo válido el mensaje de Julius Fucick: «Camaradas estad alertas»?

El odio y el odiar, junto a la ignorancia y la frivolidad, se están volviendo prácticas constantes en las sociedades contemporáneas, terriblemente condicionadas por la primacía de las redes virtuales. En Cuba, también lo estamos padeciendo.

Pero, ¿qué enmascara el odio? No es más que el nuevo fetiche de la burguesía para su construcción de subjetividades alienadas, esclavizadas, empobrecidas. Por ello, el discurso y el hacer de la Revolución Cubana, no deben transitar ese camino, sino por el contrario, deben distinguirse de él. Que no significa no estar alertas, no saberlo reconocer, no advertir sus peligros y no desafiarlo cuando sea necesario. Pero este contrapunteo, esta disputa de sentidos, debe dejar siempre en claro, la grandeza de la Revolución Cubana y del socialismo.

Allí donde el odio y la confrontación aparezcan —y van a seguir apareciendo—, la Revolución Cubana —es decir, nosotros—, debemos con ademán cristiano sabernos alzar desde el decoro y las fortalezas de un proyecto socialista que defiende la dignidad del ser humano como ley primera de la República.

Mientras el capitalismo exista, las relaciones sociales fascistas, colonialistas, imperialistas existirán. Es decir, que la histórica advertencia del comunista checo sigue en pie. «El fiel resiste, el traidor traiciona, el burgués desespera, el héroe combate», dijo entonces, y debemos sostenerla hoy también.

Esta sigue siendo una batalla de ideas*

Es una guerra y como tal se comporta. No habrá un empate en su resultado para dos bandos ganadores, sino solo uno victorioso: el del decoro y el humanismo, o el de la estupidez y la mercantilización.

El hecho que Randy ha analizado en dos artículos en *Cubadebate*,³ es también una representación vulgar y demasiado soez de ejemplificar cómo se lleva a cabo esta guerra de símbolos capitalistas, mercantiles, colonizadores de nuestra imaginación y nuestras mentes.

Pero, es apenas una de las tantas aristas desde las cuales el capitalismo y sus intelectuales orgánicos (con el perdón de aplicarle semejante belleza conceptual a tan deleznable incidente y sus ejecutores) reproducen la incultura del mal gusto, de la violencia social, del mal ejemplo convertido en referente para algunos. Tiene para todos los «gustos». Diversifica sus producciones para que no quede persona en este planeta sin ser alcanzada por algún objeto hecho a nuestra medida y así poco a poco ir reformando nuestra subjetividad. Para que nuestros deseos,

* Publicado en *Cubadebate*, el 20 de febrero de 2023, <http://www.cubadebate.cu/opinion/2023/02/20/esta-sigue-siendo-una-batalla-de-ideas/>

³ Se refiere a dos artículos escritos por Randy Alonso en *Cubadebate*, a propósito de un incidente ocurrido durante una de las visitas a Cuba del rapero que se hace llamar «Tekashi 6ix9ine», en febrero de 2023; quien lanzó dinero a las personas reunidas en el Paseo del Prado, en La Habana.

necesidades, hábitos, y aspiraciones ya solo tengan cabida y satisfacción por la senda de las mercancías y sus cosas.

¿Cómo vamos nosotros en esta lucha? ¿Cómo nos estamos defendiendo en la atalla de ideas, en la guerra cultural de un sistema hegemónico mundial contra todos, y específicamente contra Cuba, que se levanta todos los días como ejemplo vivo de contrahegemonía al sistema imperante?

¿Cómo nos defendemos, pero, sobre todo, cómo estamos «atacando» este sinfín de objetos que el mercado capitalista multiplica para ampliarse y fortalecerse él, reduciéndonos y simplificándonos a nosotros? ¿Y si ante tan despreciable hecho ocurrido en la capital, la respuesta popular hubiera sido otra? Sin embargo, para nuestra tristeza como pueblo, no lo fue.

¿Quiénes respondieron al llamado del dinero? ¿Cómo lo hicieron? ¿Por qué? ¿Cómo vamos a interpretarlo para aprender de ello y sabernos movilizar en función de la formación y reproducción de valores afines a la decencia, la educación cívica, la dignidad humana?

Ellos nos lanzaron espejitos (como los primeros colonizadores) y nosotros les entregamos el oro (como nuestros antepasados). Solo que hoy los espejitos tienen forma de dinero, y el oro que dimos se lleva en esencia nuestra identidad y decoro.

Coincidencias: por estos días están de aniversario los Instructores de Arte, «valientes abanderados de la cultura y del humanismo» como los nombró Fidel hacia el 2004. Los que —entre otros— tanta falta nos hacen para intensificar nuestro trabajo desde las comunidades, a través del arte y la cultura. Esta sigue siendo una batalla de ideas, de símbolos, de sentidos y, sobre todo, de supervivencia.

La construcción del pueblo cubano o la hermenéutica revolucionaria de Fidel*

Dentro de la filosofía existe una disciplina nombrada hermenéutica. Un modo simple y resumido de conceptualizarla sería el siguiente: la hermenéutica es el arte de interpretar y, por tanto, de comprender. Específicamente, la hermenéutica filosófica es la teoría sobre dicha comprensión. Se trata de una especie de reflexión sobre lo comprendido y sus modos, para lo cual se analiza el mundo del autor, del lector y del texto —tomando los tres conceptos en su sentido amplio. De esta forma se abre un sinfín de elementos a considerar en el proceso de la interpretación y la comprensión, como por ejemplo: la intención y la voz del autor, la construcción del lector, los prejuicios, el horizonte de interpretación, la dialéctica de preguntas y respuestas, entre muchos otros.

Como suele ocurrir con las definiciones que en aras de la síntesis y su utilidad vuelven aburrido el ejercicio de aprender, esta no es la excepción. Por tanto, lejos de pretender una exposición conceptual sobre la materia, prefiero contar mi intención —para emplear lenguaje hermenéutico— con este texto. Primero necesitamos un poco de contexto.

Formamos parte de un mundo de espíritu terriblemente enfermo que hasta tanto sepamos cómo curar, no podremos

* Publicado en *Cubadebate*, el 28 de febrero de 2024, <http://www.cubadebate.cu/opinion/2024/02/28/la-construccion-del-pueblo-cubano-o-la-hermeneutica-revolucionaria-de-fidel/>

más que habitar como seres extraños en él y entre nosotros mismos. Esta enfermedad del mundo no es más que el padecer de nuestra propia subjetividad invertida por la hegemonía del mal llamado capitalismo «cultural». Un eufemismo —otro de los tantos de la ideología burguesa— que busca ocultar la verdadera esencia del problema.

«Quien tiene mucho adentro, necesita poco afuera. Quien lleva mucho afuera, tiene poco adentro, y quiere disimular lo poco». Es curioso cómo esta idea de José Martí escrita en el siglo antepasado puede perfectamente aplicarse al nuestro, en el que desde la comunicación digital como fachada se fabrican seres humanos fragmentados y lanzados al exhibicionismo cotidiano. En este movimiento de mutación del capitalismo, el imperialismo de nuevo tipo se vale de la psicología del consumo «cultural» y comunicacional para someternos. En el proceso de mostrarnos para «disimular lo poco» que llevamos dentro, construimos un mundo ajeno que paulatinamente nos va dejando de pertenecer en la misma medida que nos esclaviza. Es apenas una de las caras del plan burgués para someter al resto de la humanidad a que «piense», sienta, desee, aspire, necesite y anhele justo aquello que su ideología permite.

Ante semejante panorama, todo lo que se le oponga a este plan de idiotización es considerado *ipso facto* enemigo a ser abatido; lo mismo que toda posible construcción diferente de espiritualidad y conciencia. ¿Y qué es una revolución socialista, sino la convicción de llevar a cabo la transformación material y espiritual de todas las relaciones sociales tal cual las conocemos hasta hoy? En este sentido, hay un tema que se me ha vuelto recurrente y es mi interés por el socialismo o, concretamente, la preocupación por el socialismo cubano.

Ya sé que eso de socialismo cubano alarmará a más de un académico, profesores queridos incluidos, que se debaten acerca de si existe o no un socialismo cubano. Sin embargo, esta no es la cuestión esencial de mi inquietud sino todo lo que atañe a la transición socialista en Cuba; eso que para algunos se llama «construir el socialismo». Aunque la diferencia de significados entre ambos no es de importancia menor, el caso es que tanto para «transitar» como para «construir» hace falta un sujeto que los lleve a cabo y —¿por qué no?— uno que los dirija. Entonces, ando siempre pensando en quiénes son hoy los sujetos *en y de* la Revolución Cubana; con el énfasis en el pueblo, claro está. Sucede que, inevitablemente, cada vez que pienso en el pueblo cubano me aparece Fidel Castro como su hacedor.

En este punto es razonable preguntarse: ¿qué tienen que ver la hermenéutica, Fidel y el pueblo? Pues precisamente sobre eso es que quiero *hablarle*. No sé cuál es su inmediata representación de Fidel, para mí es una imagen de él hablándonos. Es Fidel pronunciando un discurso generalmente desde la Plaza de la Revolución u otro sitio histórico, pero también en los eventos a puertas cerradas transmitidos por la televisión, en las Mesas Redondas que él concibió, en las visitas a sitios nacionales o foráneos, en sus reflexiones. En todos los casos para mí es Fidel hablándonos, contándonos algo, hasta desde las fotografías que le hicieron.

Nótese que digo hablar y contar, mas no monologar, porque Fidel sostenía una conversación con el *otro*. Establecía un *diálogo* por más lejos que estuviera la tribuna, por multitudinario que fuera el encuentro, por más tiempo que durara su discurso, incluso en los momentos en los que su interlocutor permanecía en silencio. Pero para que ese *contar algo* de Fidel a través del *discurso-diálogo* llegara a su auditorio con la *intención* con la

que lo había concebido, primero tuvo que *construir* a su *lector-receptor*.

En otras palabras, para que ese *lector* en su interpretación del *texto-discurso* comprendiera lo que Fidel decía, tuvo que ser construido como *lector modelo* de Fidel. Es decir: como alguien que pueda interpretar y comprender la lógica de preguntas y respuestas que le lanza el autor, en tanto estas significan algo que ya le es familiar, conocido. Porque no se trata nunca solo de las palabras o de quien las dice, sino de lo que estas palabras nombran en un momento determinado. Se trata de aquello que Fidel a través del discurso compartía con los demás, de lo que nos era *común* entre él y nosotros.

¿Qué tipo de lector modelo construyó Fidel mientras nos hablaba? El pueblo, indiscutiblemente. Así es que, en ese proceso, la construcción del lector modelo fue la del pueblo y viceversa. Dónde termina uno y empieza el otro no lo sé con claridad. Lo cierto es que para Fidel fue muy importante la construcción del pueblo revolucionario, es decir, del sujeto del cambio. Porque en ese mismo movimiento político-hermenéutico de sus discursos fue construyendo no al lector pasivo —si tal cosa fuera posible— sino al receptor activo, al protagonista de la Revolución.

En ese *explicar* y *comprender* la cotidianidad revolucionaria, el líder legitimaba a través de su diálogo dirigente con las masas aquella teoría sobre lo que se venía haciendo desde la praxis transformadora, en cuyo proceso participaba activamente el *lector-pueblo*; como cuando declaró el carácter socialista de la Revolución mediante un diálogo público y masivo. Ese día cambiaron muchas cosas, o más bien, se le dio nombre «nuevo» a la transformación en curso de la realidad nacional que había comenzado en 1959. En ese acto —como en tantos otros— Fidel subvirtió para siempre al *lector-pueblo*, quien ya no podía ser el

mismo de antes sino uno nuevo: el de los hombres y mujeres que harían posible una revolución socialista en Latinoamérica y bajo abierto asedio del imperialismo capitalista.

Fidel hablaba para un *lector nuevo* y en ese constante conversar suyo lo iba construyendo. Como este hecho histórico lo atestigua: mediante Fidel los protagonistas se descubrían también a sí mismos, incluso si no habían llegado a entender teóricamente que aquello en lo que venían trabajando activamente llevaba el título de socialismo. De esta manera ese *otro-lector-pueblo* comenzó a *comprender* en tanto lo *compartía* desde las vicisitudes de su día a día que el socialismo le era *común*.

Allí estaba el líder para dar a entender algo «extraño» —en el sentido etimológico del término—, pero que a su vez el pueblo descubre que no es ni tan nuevo ni tan extraño en tanto se ha estado colectivamente construyendo las condiciones para su posibilidad objetiva. Ahí está el dirigente para conducir la interpretación acertada que desencadena la reacción entusiasta de una multitud que lo comprende —entre otras causas— porque se reconoce a sí misma en sus palabras y en los hechos que describe. En semejante escenario la unidad entre la teoría y la práctica, o lo que es igual entre el discurso y la realidad se da dialécticamente. El cambio de las circunstancias opera el cambio de la mentalidad, la construcción del «hombre» nuevo estaba en curso. Una nueva ciudadanía que participa activamente y que protagoniza la conquista de sentidos contrahegemónicos, subversivos.

Con esa claridad que le caracterizó, Fidel supo que el pueblo era principio y fin del esfuerzo revolucionario, y para eso había que construirlo libre de ataduras neocoloniales. De modo que la revolución creó las condiciones para que la fe ciega de la masa fuera sustituida por la del ciudadano partícipe instruido:

«al pueblo no le decimos cree, le decimos lee». Movilizó la cultura como antídoto de la ignorancia y la desidia, y con ella a los intelectuales y artistas para los que la obra intelectual y artística aguardaba una nueva función social. La Revolución apostó por hacer un país de ciencia, pero también con cualidades diferentes, una que incluyera la conciencia humanista como mediación de todos sus procesos.

Por ello la Revolución Cubana cuya marcha no ha sido siempre la misma —ni podría serlo si recordamos que «todo cambia, nada permanece constante»—, nunca debe apartar de su camino por quién y hacia dónde marchar. Este sendero está pautado por el pueblo y por el socialismo que no es punto de llegada sino tránsito hacia una sociedad mejor, la comunista. Velar por no disociar al sujeto de su objeto, el discurso de la realidad, a la teoría de la práctica.

¿Sigue siendo el pueblo de hoy aquel que se construyó con el liderazgo de Fidel y que en el año 1961 del siglo pasado a coro legitimó públicamente el carácter socialista de la Revolución y lo llevó a la práctica? No puede serlo, en todo caso una especie de *mismo-otro* adecuado a sus nuevas condiciones de vida. ¿En qué se diferencia, en lo esencial o solo en la forma? ¿Cómo hablarle, cómo dirigirlo, cómo construirlo *lector* de nuevos códigos, de nuevas relaciones sociales de producción?

En esa inquietud que me asiste hoy sobre el socialismo cubano el sujeto de la Revolución tiene prioridad. ¿Cómo reproducir la unidad estratégica sobre la que Fidel tanto insistió y actuó? ¿Cómo interactuar y llegar a aquellos sectores sociales que se han desprendido del pueblo y desinteresado del proyecto común? ¿Cómo hacerlo ante aquellos que han dejado de identificarse con el proyecto de emancipación social que es una revolución socialista?

¿Qué pasa si esos grupos lejos de identificarse con la ideología comunista les resultan más «atractivos» los modos de apropiación de la burguesía? Personas que identifican felicidad y consumo ampliado de mercancías; como si solo a través de estas fuera posible realizarnos como seres humanos. Aquellos para los que estar a la moda es más importante que levantar un país y, por tanto, conceptos que nos son vitales como socialismo, comunismo, revolución y unidad suenan a pasado lejano, casi olvidado. O para quienes es ley el prejuicio de que hacer que la economía se desarrolle es menester solo de los economistas y del gobierno.

¿Cómo llegar también a ellos? Hay dos modos directos para esto: mediante la praxis cotidiana y mediante la comunicación política —el arte de la oratoria en el centro—; conjugando lo que se construye con lo que se dice construir. Como buen marxista, Fidel supo que todo modo de producción es también un modo de apropiación de lo que se produce, condicionando estratégicamente la correlación de fuerzas entre relaciones sociales de producción y formación de la conciencia. Supo que, para involucrar creadoramente a las masas, esto es, unificarlas como pueblo o como sujeto de la revolución: se debe generar un movimiento social con capacidades para aglutinar en sus dinámicas y vorágine a la totalidad de la población. Sacarla de la indiferencia; provocarla; despertarla de la inercia social; convertirla en protagonista de su día a día; involucrarla en el proyecto, justamente sabiendo que morir por la revolución es más fácil que vivir por la revolución. Porque vivir por y para una revolución socialista significa también inventarla desafiando el peligro que implica no saber cómo hacerlo ni tener chance para ensayarla. Pero también implica la alta responsabilidad moral contraída con el pueblo mismo, con la historia y con Fidel.

¿Qué tipo de conciencia necesitamos hoy para que la revolución se nutra y cómo construirla? Sin dudas aquella mencionada al inicio del texto: la que anhele la emancipación humana por encima de la esclavitud de las mentes. Para ello no podemos descuidar la construcción de una conciencia política crítica y autocrítica, que se rija por la fuerza del ejemplo. Prepararnos para que, en esta nueva disposición de relaciones sociales de producción entre la propiedad privada estatal y la privada, la lógica del capital no devore a la lógica del socialismo. Para ello debemos velar sobre qué vamos a poner en el mercado y qué vamos a dejar fuera. Y sobre todo, qué claridad tenemos sobre lo que bajo concepto alguno debemos incluir en él.

Si la razón de ser del socialismo es como mediación hacia una sociedad verdaderamente humanizada a la que hemos llamado comunismo, y no como modo de producción específico y eterno, significa que toda relación capitalista de producción que ahora sea concebida está llamada a desaparecer en el propio tránsito. El comunismo es la superación de la propiedad privada y por tanto de la enajenación.

Solo la construcción del comunismo puede subvertir las contradicciones que el socialismo provoca. Es a través de esta sociedad donde se producen las condiciones para superar la paradoja que se crea al intentar congeniar el afán lucrativo individual propio de la mercancía y la propiedad privada con el de socialización de las ganancias en función del pueblo y la justicia social. Es imposible eternizar dos lógicas diferentes: la de la solidaridad con la de la competencia capitalista. Solo desde una práctica revolucionaria, solo enfatizando las relaciones sociales de producción comunistas y no privadas podremos allanarle el camino al comunismo en detrimento del viejo capitalismo.

Para lograrlo, la vuelta a la raíz es inevitable: el ser humano. Fidel no solo construyó así políticamente al pueblo, sino también hermenéuticamente; le dio un sentido. De ahí que en condiciones siempre más difíciles que las anteriores, especialmente en esos momentos en los que parecía que no íbamos a salir victoriosos en la transición socialista, tenía la capacidad de contener con la palabra precisa no solo las preocupaciones de los ciudadanos sino las soluciones para el pueblo. En ese modo muy suyo de dialogar, también aprendimos a escucharlo; una escucha que se volvía arma poderosa en tanto cargaba una esperanza donde la emancipación social nunca se borraba.

La Revolución Cubana, el socialismo y el comunismo son conceptos contemporáneos que no podemos dejar morir pues en ellos nos va nuestra propia vida. Sigamos aprendiendo y apliquemos la hermenéutica revolucionaria de Fidel para construir, al unísono, al hacedor del cambio y la esperanza de un mundo mejor, incorporando los nuevos retos de hoy. La historia de la Revolución está indisolublemente vinculada a la de su líder natural y viceversa, por lo que no es posible comprender a la una separada de la otra, en la misma medida en la que no podemos hacerlo sin el análisis sobre el pueblo. Volvamos siempre a él sin perder la perspectiva de que sin el pueblo como sujeto histórico no habría Revolución Cubana. Recordemos, junto a Fidel, que el pueblo, aunque sea pequeño, si es digno, unido e inteligente, no hay quien lo venza, no hay quien se le imponga.

Antes que todo está el pueblo*

Antes que todo está el pueblo, principio, fin y sujeto por y para quien se fraguó la Revolución Cubana. De esta forma, entre revolución y revolucionarios el pueblo ocupa un lugar esencial como horizonte, pero también como cantera; del pueblo emanan los hacedores de revoluciones, es decir, los revolucionarios.

Como una revolución sin revolucionarios es un sinsentido, pues no existe proceso subversivo sin sujeto del cambio que lo haga posible, sirvan las siguientes líneas como provocación para, entre todos, pensar qué significa ser revolucionarios hoy y cuál es su deber moral ante la hazaña de la que son protagonistas.

En su discurso del 1ro. de mayo de 2000, Fidel sintetizó el concepto de Revolución. Veinticuatro años después, vigente, la definición no solo brinda determinaciones del proceso, sino que al hacerlo dibuja los rasgos de sus participantes.

De esta manera, cuando dice «revolución es tener sentido del momento histórico; es cambiar todo lo que debe ser cambiado», solo puede serlo a condición de que sus protagonistas tengan la suficiente conciencia de clase y la justa medida, tanto para subvertir sus condiciones de vida, como para no alterar aquellos cimientos sagrados sobre los cuales se erige. Como la Revolución Cubana es sobre todo una obra de amor, sus contemporáneos no

* Publicado en *Cubadebate*, el 20 de marzo de 2023, <http://www.cubadebate.cu/opinion/2024/03/20/antes-que-todo-esta-el-pueblo/>

deben fragmentar, descartar o distinguir entre personas, ya que «es igualdad y libertad plenas; es ser tratado y tratar a los demás como seres humanos». Supone para los revolucionarios la creación de una sociedad de justicia social como espejo de ciudadanos justos y libres, bondadosos y nobles.

En este esfuerzo material y moral por alcanzar hombres y mujeres nuevos en la vorágine revolucionaria, Fidel nos exhorta a «emanciparnos por nosotros mismos y con nuestros propios esfuerzos». Hacerlo supone ciudadanos independientes pero sacrificados en pos del proyecto común, comprometidos con empujar el progreso del país como resultado del esfuerzo colectivo. De forma implícita está la necesidad de desarrollar las capacidades que tal empuje requieren, es decir, la formación, educación, instrucción y capacitación del pueblo como motor impulsor de su propio desarrollo individual y social. Se trata de personas predispuestas para el civismo, la cultura y la ciencia en oposición a individuos marginados, achantados, mediocres y egoístas.

La formación de un pueblo independiente y soberano, que se propone emanciparse por sí mismo de forma autosuficiente, tendrá también que «desafiar poderosas fuerzas dominantes dentro y fuera del ámbito social y nacional» para «defender valores en los que se cree al precio de cualquier sacrificio». De modo que el revolucionario no tiene tiempo para cejar en su defensa de la patria y de los ideales que la constituyen. Le caracterizan la pasión, la integridad, la vergüenza, la valentía y el coraje. Pero como advirtió Fidel, las amenazas también llevan marca criolla, por lo que los revolucionarios siendo perspicaces, deben saber distinguir entre las voces internas aquellas que se alejan de la meta propuesta o lo que es igual, que se distancian del pueblo para poder combatirlos.

Los revolucionarios son sobre todo rebeldes, militantes, activistas que con «modestia, desinterés, altruismo, solidaridad y heroísmo» *luchan* «con audacia, inteligencia y realismo» para que la Revolución no se aleje de esa sociedad humanizada que comenzaron a construir con tanto esfuerzo y sangre. Es por esto que, entre sus determinaciones principales también estén la moral, la honestidad, la solidaridad, el ser consecuentes y coherentes entre lo que creen y practican, entre lo que declaran públicamente y hacen en su espacio privado para no «mentir jamás ni violar principios éticos».

Porque la «convicción profunda de que no existe fuerza en el mundo capaz de aplastar la fuerza de la verdad y las ideas», solo puede estar sustentada sobre la base de una conciencia colectiva sólida que acoja la unidad como arma estratégica y forma de vida, sin perder la esperanza. La importancia de la cultura como campo de batallas desde el cual se moldea la subjetividad y la conciencia.

Si «revolución es unidad, es independencia, es luchar por nuestros sueños de justicia para Cuba y para el mundo, que es la base de nuestro patriotismo, nuestro socialismo y nuestro internacionalismo», se requiere la multiplicación de los revolucionarios; la expansión del sujeto de cambio de pocos a muchos; de élite inconexa a prole conectada; de lo local a lo planetario. Se demanda así que el pueblo en pleno se vuelva militante, optimista, idealista en tanto recurso hacia la fe y la fuerza para seguir apostando por un mundo mejor, diferente, emancipado y humanizado. Se trata de lograr la liberación internacional, porque la emancipación de un pueblo no estará completa y libre de trabas, hasta que signifique la de toda la humanidad; porque como dicen los revolucionarios convencidos: los sueños de justicia social son para Cuba y el mundo.

Como puede percibirse, de estas características sobre los revolucionarios es posible desprender valoraciones, decisiones, formas de vida que no solo les son propias, sino que se proyectan en los demás miembros de toda la sociedad, de forma tal que los revolucionarios tienen una importante función social que cumplir como líderes del proceso revolucionario. Aquello que conforma su subjetividad funciona como resorte para la actuación o la inmovilidad, subordinado a esa otra cara del asunto en la cual las condiciones materiales de vida van imponiendo qué actitudes y deberes morales se toman en favor o en detrimento del socialismo.

Significa esto que, si el pacto social cambia, es porque alguna de las partes involucradas en él, o ambas, cambiaron esencialmente y ese compromiso inicial ha dejado de servirles, de representarlas. Pero si el pacto social se rompiera, —ese acuerdo o contrato social mediante el cual pueblo y gobierno ofrecen y reciben algo a cambio, al tiempo que se comunican y comprometen en participar juntos en un mismo sentido político—, la amenaza primera fuera para el socialismo, o lo que es igual, para el pueblo. Perder el socialismo es perder a la Revolución, y viceversa, al tiempo que se pierde el pueblo. O podríamos decir también, perder al pueblo implicaría perderlo todo.

¿Cuál sería el deber moral de los revolucionarios de hoy? ¿La parálisis o la combatividad? ¿La indiferencia o el compromiso? ¿Decir las cosas de frente o el doble estándar? ¿Ser complacientes o críticos? ¿La simulación o la vergüenza? ¿La apatía o el debate? ¿La inmoralidad o la coherencia ética? ¿La ostentación o la humildad? ¿La arrogancia o la sencillez? ¿La permisibilidad o la tenacidad? ¿El individualismo o la solidaridad? ¿El socialismo o el capitalismo? ¿La población o el pueblo?

Al entrar en La Habana el 8 de enero de 1959 en medio de esa apoteosis que marcó la llegada de los barbudos a la capital, Fidel en su discurso en Ciudad Libertad afirmó «de nuestro examen de conciencia puede depender mucho el destino futuro de Cuba, de nosotros y del pueblo». Los revolucionarios sin revolución están destinados a vivir incompletos, inacabados; por su parte el pueblo, del cual nacen, quedaría indefenso, anulado; por ello cuidémosla y reproduzcámosla como tránsito hacia un mundo mejor de justicia social. Hoy la patria nos pide que retomemos dicho examen de conciencia, por Cuba, por nosotros, y por el pueblo.

Transición socialista: ¿por dónde vamos?*

Hay una discusión medio real, medio ahistórica, que se traduce en términos de «¿por dónde vamos?» en materia de sistema económico-político y que no ha dejado de estar presente a lo largo de la Revolución Cubana. Una especie de preocupación «natural» que no ha perdido vigencia y que no ha dejado de chocar con la imagen del mundo cotidiana del contemporáneo toda vez que la teoría del dónde se ha distanciado de la práctica sobre el cómo.

En muchos casos esta disputa de sentidos se ha expresado como un debate entre (algunos) intelectuales, académicos y políticos de antaño que al no haber sido definitivamente resuelta desde una Economía Política del Comunismo (propia) no ha dejado de arrojar sombras sobre el problema de la transición socialista en Cuba. Aunque, para ser justa, también ha emitido luces. Ante esta ausencia sería interesante — y hasta imprescindible para la praxis socialista de hoy — sistematizar la historia de esas polémicas acerca de cómo se comprendió y nombró cada estadio de la Revolución según «transitaba», en aras de contrastarlo con la actualidad del caso.

Como siempre insistió mi profesor (por excelencia) de marxismo, y antes de él lo hizo el marxismo clásico — y antes de ellos Heráclito —, todo cambia y se transforma, nada permanece

* Publicado en *Cubadebate*, el 7 de febrero de 2025, <http://www.cubadebate.cu/opinion/2025/02/07/transicion-socialista-por-donde-vamos/>

lo que era. Las sociedades nunca se detienen, incluso si nos lo propusiéramos. Significa esto que ya sea para un lado o para el otro, hacia el norte o hacia el sur, seguimos transitando.

Pero el tema aquí parecería complejizarse si en medio de este devenir histórico-social no nos volvimos conscientes sobre cuál debería ser la determinación esencial de ese movimiento y su motor, lo cual pasa por un detalle nominal no menor.

«Socialismo como transición» y «construcción del socialismo» no son la misma cosa. A la vista sutil, pero en lo profundo crucial, la interpretación que de uno u otro se tenga ha marcado en la historia del problema el punto de posicionamiento teórico desde donde empezar a abordar la cuestión e intentar resolverla.

No es lo mismo entender y proyectar que el socialismo, en tanto transición, es la construcción de algo más: el comunismo; a pensar e intentar construir el socialismo —lo que para algunos vendría siendo «construir la construcción»— para hacer de él un modo de producción autónomo e independiente.

Más que juego de palabras, la cuestión ha marcado la diferencia entre una concepción dialéctica y otra etapista. Una que —junto a Marx, Engels y Lenin— entendió que el socialismo no es la meta en sí, sino que tiene que ser apropiado desde su direccionalidad hacia el comunismo; a diferencia de otra que, con Stalin a la vanguardia, lo percibió como formación económico social independiente de la anterior (capitalista) y que, por tanto, solo una vez terminada de «construirse» es que dará paso a la siguiente (comunista).

Para los que entienden al socialismo como modo de producción independiente —es decir, ni capitalismo ni comunismo sino algo en sí mismo distinto de estos dos que hay que «construir» de forma autónoma— resulta escandaloso que hablemos

en términos de socialismo cubano. Es por eso que la pregunta de «¿por dónde vamos?» tendría desenlaces dramáticamente diferentes de acuerdo a una u otra posición.

Lejos de encerrar la cuestión en una discusión vanamente académica, de lo que se trata aquí es de llamar la atención sobre un asunto muchas veces relegado, pero que debería servir como brújula dentro de este torbellino: la dictadura del proletariado. La palabrita se las trae: dictadura, y en ello también descansa la importancia de no disociarla de otra acaso «más linda»: proletariado. Juntas contienen una carga semántica y marxista muy específica que no debemos olvidar.

Es suficiente la bibliografía —activa y pasiva— dedicada a abordar estas cuestiones, obras que en su momento representaron el cierre de una polémica que se creyó superada acerca del socialismo como la transición. Estar de acuerdo con la afirmación anterior significa comprender y aceptar que el desarrollo del socialismo es el desarrollo de la dictadura del proletariado y viceversa. O sea, no solo asimilar la coexistencia de diferentes clases sociales en pugna, sino sobre todo saber que en el socialismo esas luchas deben ser resueltas desde la hegemonía (de la dictadura) del proletariado. En otras palabras, que se impongan los intereses de la mayoría por encima de la minoría; sin olvidar aquello que el propio Marx señaló en 1852: lograr que esa dictadura del proletariado produzca el tránsito hacia una sociedad sin clases y, por ende, sin explotación, sin enajenación.

De manera tal que la pregunta recurrente y legítima en la historia de la Revolución de «¿por dónde vamos?», para ser críticamente respondida, debería ser leída a través del prisma de un concepto que es clave en el marxismo revolucionario: la dictadura del proletariado. O, lo que es igual, el periodo de transición al comunismo. Asumir la dictadura del proleta-

riado implica tomar partido y darle la espalda a una interpretación mecanicista, bien asentada todavía hoy, que analiza el movimiento social como una serie lineal de pasos ininterrumpidos y desconectados. Un tipo de teoría a la que le fue más fácil obviar la idea marxiana de que el socialismo es una sociedad comunista que no descansa aún sobre sus propias bases y que pasó por alto ese pensamiento leniniano que concibió al socialismo como dos mundos en el seno de uno mismo; dos épocas en una sola.

Una lectura contraria a esta mirada positivista sobre la historia del marxismo y de las sociedades nos lleva a una comprensión mucho más dinámica y real sobre el estado de cosas actuales en Cuba y sus condiciones de posibilidad. Debemos entendernos objetivamente en todas nuestras contradicciones: pasos hacia adelante y hacia atrás, errores y aciertos. Una vez en este punto ya no vale tanto preguntarnos por dónde vamos transitando, sino hacia dónde queremos —y podemos— ir.



CONTEXTO LATINOAMERICANO

Una revista de Ocean Sur

www.contextolatinoamericano.com
f [ContextoLatinoamericano](https://www.facebook.com/ContextoLatinoamericano)

La versión digital de Contexto Latinoamericano actualiza semanalmente cada uno de sus espacios dedicados a la actualidad, la opinión y el debate, al tiempo que ofrece una síntesis diaria del acontecer noticioso en América Latina y el Caribe.

PROYECTO EDITORIAL CHE GUEVARA

www.cheguevaralibros.com
f [LibrosCheGuevara](https://www.facebook.com/LibrosCheGuevara)

Los títulos publicados en español e inglés propician el conocimiento de la vida, el pensamiento y el legado del Che a través de un ordenamiento temático por medio del cual se accede integralmente a sus múltiples facetas.



MARXISMO

Socialismo y juventud*

Abordar desde el punto de vista teórico el socialismo, así como la juventud, ambos conceptos polisémicos y complejos, es esencial. Recordar que nunca es el socialismo y la juventud, sino los socialismos y las juventudes. Hacerlo desde su interrelación es una tarea estratégica de urgencia para nuestro quehacer movilizador.

Confieso que no vengo a hablar en nombre de los jóvenes. ¿Quiénes mejor que ellos mismos – también hoy aquí reunidos – para dar voz a sus pensamientos? Vengo a proponerles conectar con el tema «socialismo y juventud», desde un análisis hermenéutico y, por supuesto, marxista.

Permítanme entonces, compartir con ustedes algunas ideas-temas, con la intención de que, más que puntos de llegada, sean puntos de partida para el debate.

Para ello comienzo con dos preguntas:

¿Cómo interpretar y entender la relación socialismo y juventud?

* Ponencia presentada en el Primer Encuentro Internacional de Publicaciones Teóricas de Partidos y Movimientos de Izquierda, realizado en La Habana en febrero de 2023. Publicada el 20 de febrero de 2023 en *Cuba Socialista*, <http://www.cubasocialista.cu/2023/02/20/socialismo-y-juventud-por-marxlenin-perez-valdes/>
Fue traducido al inglés, alemán y catalán para divulgación en diferentes medios de UK, Alemania y España.

¿Qué papel deben desempeñar las publicaciones de izquierda ante esta problemática?

Socialismo y juventud se parecen. Ambos son construcciones sociales con fuertes determinaciones históricas, que nos hablan de tránsito. Caminos que necesariamente hay que remontar, en la construcción de eso otro que ambos serán mañana, cualitativamente diferente; preferiblemente superior. Por eso ambos son también movimiento, cambio, contradicción, pugna, ruptura, fluir, complejidad.

El socialismo no puede ser pasivo, ni conformista; como no lo es la juventud. ¿Qué es en definitiva la juventud, sino una fuerza revolucionaria? Lo mismo que el socialismo, pensado para transformar el viejo mundo en pos de uno nuevo.

Por lo tanto, el socialismo necesita de la juventud para existir. De sus capacidades para crear con creatividad. De su empuje y fuerzas para conquistar. De sus deseos y voluntad de actuar activamente. De sus energías para transformarse a sí mismos y a lo demás.

De modo que, salvar al socialismo es también una forma de salvar a la juventud. Para lograrlo, el camino de paradojas y desafíos a enfrentar, choca directamente con esa imagen del mundo proyectada por el capitalismo, en la cual se autolegitima como el único y mejor de los mundos posibles. Habrá que desafiar aquello que Fidel Castro le llamó: «la invasión cultural, destructora de nuestras identidades, arma nuclear del siglo XXI para el dominio del mundo».

Solo salvándonos de la barbarie que el capitalismo reproduce, podremos salvar a la humanidad, y en esta gran obra, la juventud es esencial. No es casual, que el capitalismo entre sus múltiples frentes, apuntala constantemente desvirtuar la fuerza y misión histórica de la juventud como estandarte del porvenir.

Y para eso fabrica todo tipo de aparatos. Crea objetos sin parar — materiales y espirituales — con los cuales anclarnos a todos, —pero con énfasis en la juventud y la niñez—, en el letargo de la obsolescencia programada.

Y con ello, nos condena a una liquidez insoportable, donde —como señaló Carlos Marx en su *Manifiesto Comunista*— «todo lo sólido se desvanece en el aire». Una leve brevedad que condena en primer lugar, todo intento por pensar críticamente; todo esfuerzo subversivo que se le oponga.

En medio de este problemático escenario, se vuelve imprescindible preguntarnos: ¿Cómo proyectar y apropiarnos hoy de la relación entre socialismo y juventud para que permanezca una identidad y no una antinomia? Para que este binomio (socialismo y juventud) no se disocie. Para que no se fragmente en una relación de hostilidad y oposición.

Si el socialismo es la transición, preguntémonos: ¿hacia dónde quiere la juventud que transitemos? ¿Qué símbolos los identifican: los del socialismo, el comunismo, o los del capitalismo? ¿Qué valores los definen: la justicia social, la solidaridad, el internacionalismo, la lucha colectiva, o en cambio: la competencia, la mercantilización, la apatía, la indiferencia ante el otro, el consumismo?

Y es que, la pugna entre el socialismo y el capitalismo toma la forma de una profunda guerra mediático-cultural, en todas sus dimensiones. De modo que, el problema de la comunicación debe ocupar un lugar central para la izquierda, con énfasis en el quehacer activo de sus publicaciones y sus medios en general.

¿Qué papel deben desempeñar las publicaciones de izquierda ante esta problemática?

En primer lugar, asumir la importancia estratégica que la comunicación social adquiere en esta guerra. Y en segundo

lugar, emprender un doble movimiento simultáneo, de un lado, la deconstrucción de la apropiación capitalista del estado actual de las cosas y del otro, la construcción de una nueva hegemonía de carácter socialista.

En la Era de la comunicación digital, el poder es detentado por los grandes monopolios burgueses de la (des)información y la (in)comunicación. Hoy, existir significa ser percibidos por los medios de comunicación hegemónicos.

En este sentido, a través de sus medios (pero no solamente mediante ellos), la izquierda tiene el deber de conquistar la sociedad civil red, como espacio por excelencia para la contrahegemonía. Tienen el deber moral de ofrecer una brújula para nuestros pueblos en lucha y resistencia. Las generaciones de ayer tuvieron héroes, intelectuales orgánicos; las de hoy «influencers». ¿A quiénes imitan los jóvenes contemporáneos, a sus maestros, a sus políticos, a sus padres, o a los que dos o tres algoritmos matemáticos deciden? ¿Cuáles son y quiénes encarnan los patrones de conducta que pautan/guían la vida de los niños, adolescentes, jóvenes y adultos de estos tiempos?

El panorama mundial es de una profunda crisis de la espiritualidad y de la subjetividad, en cuyo centro se hallan los más jóvenes, blanco por excelencia de los contenidos de banalidad, superficialidad, mediocridad, y mercantilización que inundan a las redes virtuales.

Por ello, debemos articularnos en colectivo y orgánicamente, en una batalla de ideas que condicione una producción de sentidos emancipadores; es decir: revolucionarios, humanistas, comunistas. Donde no se anulen nuestras identidades, costumbres, culturas, e historias, sino, por el contrario, se enfatice nuestra diversidad, nuestra pluralidad. Crear las condiciones para fortalecer estas particularidades, y que nuestras raíces pue-

dan resistir así el embate de la industria capitalista en su afán por homogeneizar y estandarizar al ser humano. Incidir en el cambio de mentalidades —y, sobre todo, desde edades tempranas—, a través de contenidos honestos, creativos, originales, inteligentes. Refundar la idea de lo atractivo y sus representaciones, o lo que es igual: luchar contra la estética capitalista, fetichista de por sí, que enajena y cosifica.

Pero también repensar la idea del entretenimiento, lo cual nos obliga a reconstruir la noción de ocio. Los jóvenes nos demandan que no seamos aburridos. ¿Cómo crear entonces contenidos que siendo socialistas no sean aburridos, si los modos en los que nos representamos la diversión, han sido en su gran mayoría producidos por la industria del entretenimiento capitalista, colonizadora?

¿Sabemos qué leen los jóvenes de hoy? ¿Qué ven? ¿Cuáles son sus intereses? ¿Cuántas de nuestras publicaciones de izquierda las hacen los jóvenes? ¿Participan en ellas? ¿Cómo lo hacen? Podremos tener textos y obras de excelente calidad, que mientras no lleguen a los jóvenes no habrán cumplido su razón de ser.

Necesitamos desde nuestras publicaciones, pero también desde nuestros programas de radio, televisión, desde internet, otorgarle nuevos sentidos a conceptos que el capitalismo nos ha confiscado y suplantado como: socialismo, comunismo, democracia, libertad, marxismo, patria, cultura, etc. Devolverles su contenido verdadero, filosófico, subversivo; que haga políticamente posible un progreso intelectual de mayorías y no solo de escasos grupos aislados.

Hay que saber narrar lo que le sucede a la izquierda, no de forma desconectada, sino en su lucha de clases contra la burguesía. Y hacerlo con los códigos de la juventud, en la misma

medida en la que vamos construyendo códigos nuevos, los nuestros. Pero para eso, como buenos hermeneutas, habrá que antes construir al lector de la izquierda. Comprender, que las publicaciones de izquierdas son en sí mismas movimientos guerrilleros. Abanderadas de una lucha donde la cultura debe ser entendida como un poderoso campo de batallas. Hacer de ellas plataformas para que las personas accedan al diálogo global y que la comunicación las condicione como sujeto histórico-universal.

Que la causa del socialismo por la libertad del ser humano como fin común, nos convide a la solidaridad, la conexión y la unidad entre nuestras publicaciones y medios. Solo una meta sólida podrá darnos un propósito que no sea efímero, sino por el contrario, un sentido que se inscriba en el tiempo. Esa meta es la de la emancipación hacia una sociedad esencialmente humanizada.

Desde los aparatos ideológicos de la burguesía, se trillan lugares comunes, consignas con las cuales caricaturizarnos, como la que nos repite: «la izquierda es débil». Una construcción social, estética, política, ideológica, que, como tantas otras, persigue desarmar todo intento práctico de revolucionar la realidad.

Y yo les pregunto a ustedes: ¿acaso encontrarnos estos días aquí, no es muestra suficiente de que no somos débiles? Darle voz a los oprimidos, a los condenados de la tierra, a los rebeldes. No solo en un accionar propagandístico, sino sobre todo educativo, instructivo, constructivo del sujeto revolucionario que necesitamos. Para ello no queda otro camino que sumar, sensibilizar, y aglutinar la diversidad hacia la causa común que es la de conquistar un mundo mejor. Y en este esfuerzo por instruir, la enseñanza desde edades tempranas de la filosofía, el

arte, y en lo sucesivo, la enseñanza del marxismo crítico, debe ocupar un lugar central.

Acompañar desde nuestros espacios, todo movimiento transformador que se oponga al capitalismo. Devolver la esperanza, la misma que el capitalismo se empeña en cooptar, porque necesita aparentar que es insuperable, para lo cual reproduce individuos pesimistas, deprimidos, desesperanzados.

Como antídoto la historia. La protección de la memoria histórica como clave para desarrollar en nuestros pueblos, conciencia socialista y revolucionaria. Integramos, romper esquemas, movilizar, disputarle el sentido a la burguesía, comprometernos con la verdad, con las causas justas y dignas, convertirlo en una actitud ante la vida, y situar a la juventud como protagonistas.

Dijo Fidel Castro: «Creer en los jóvenes es ver en ellos, además de entusiasmo, capacidad; además de energía, responsabilidad; además de juventud, ¡pureza, heroísmo, carácter, voluntad, amor a la Patria, fe en la Patria! ¡Amor a la Revolución, fe en la Revolución, confianza en sí mismos, convicción profunda de que la juventud puede, de que la juventud es capaz, convicción profunda de que sobre los hombros de la juventud se pueden depositar grandes tareas!».

Viaje al Mundo Marx*

Hay un viaje feliz, que hago y rehago en mi mente. En él, vuelo siglos atrás y voy al reencuentro de mi filósofo favorito. Debo decir que a veces es toda una odisea. En ocasiones me cuesta ubicarlo, porque constantemente tiene que cambiar de sitios. Sin embargo tengo suerte, hasta ahora siempre termino por hallarlo. Desde que lo conocí, nunca he perdido a Marx.

Cuando emprendo este viaje, me preocupo por no trastocar las épocas. Me esfuerzo para no impregnar su tiempo de prejuicios contemporáneos. Me empeño en crearme una imagen de ese otro mundo y de Marx, solo por lo que él tiene que contarme, y no a través de los esquemas de hoy.

Para este viaje largo y extraño, llevo conmigo pocas cosas: apenas un libro y varias dudas. En cuanto al libro, me las arreglo para cargar con uno ligero. Atención, su levedad —la del texto—, es solo física. En esta ocasión me acompaña: *El Manifiesto del Partido Comunista*. ¿Estará mal pedirle que me lo dedique?

Es 1850 y Marx tiene 32 años.

—¿Por qué escogiste esta vez, un folleto que hicimos por encargo? —preguntó mirando mi viejísimo y amarillento ejemplar de Ediciones Sociales, La Habana, 1960, que cuando salió costaba 10 centavos.

* Publicado en *Cubadebate*, el 14 de marzo de 2023, <http://www.cubadebate.cu/opinion/2023/03/14/viaje-al-mundo-marx/>

Le respondí:

—Porque a pesar de que hace unos poquísimos días cumplió 175 años de ser redactado, continúa siendo un himno de combate. Y porque, a fin de cuentas, como dice Lenin, *El Manifiesto Comunista* parece como si se hubiese escrito ayer.

—¿Un himno de combate? Quiere decir que todo lo sólido sigue desvaneciéndose en el aire. ¿Qué pasa en tu tiempo con el «temible duende que hoy recorre Europa»? —preguntaba y caminaba sin parar, como hace cuando un tema despierta su interés.

—¿Del fantasma del comunismo querrás decir? —lo interrumpí.

Pero es 1850, y en la primera versión inglesa de este año traducida por una estimada amiga feminista suya y de Engels, *El Manifiesto...* arranca con «un temible duende». Habrá que esperar a 1888 para que después de un periodo de ausencia de la obra, una nueva traducción le comience a llamar «el fantasma del comunismo» tal cual ha llegado a nuestros días.

El acceso a sus textos se ve empañado desde el inicio por muchos factores: problemas de traducción han comprometido el sentido de sus obras más de una vez; dificultades para descifrar su letra, para relacionar correctamente los habituales usos de diferentes idiomas en sus apuntes, para comprender acertadamente sus cuadernos monologando consigo mismo. Sin contar de poder, o no, apropiarnos de un pensamiento profundamente dialéctico, pero que no dejó a su vez de ser abstracto y contradictorio.

Esclarecida la confusión de los términos, le conté que nuestras sociedades continúan a merced de las luchas de clases. Que, de una parte, el éxito del capitalismo ha estado marcado por su capacidad para reducir el comunismo a la peor de las

utopías; para que no se identifique ya más, como la vía en la que los oprimidos practican su oposición. Y que, por otra, la transición (el socialismo) es efectivamente, un periodo largo y doloroso, tal cual él ha previsto.

Hablamos de todo a la vez. Él quiere saber de nuestros días. Yo quiero lo imposible: que desde su tiempo supere el nuestro; cuando debería ser al revés, que el nuestro supere al fin el suyo. Tengo tantas preguntas que hacerle. Sin embargo, prefiero escucharlo hablar y en muchas ocasiones discutir. «Es un excepcional narrador de historias», me dijo un día Tussy, una de sus hijas. Y es verdad. Marx es un líder natural de argumentos seductores por su lógica y por su genio. Es difícil no prestarle atención. Para mi quinto viaje ya me había hecho su amiga. Aproveché para hablarle de su *Crítica del Programa de Gotha*.

Es 1875, y Marx tiene 57 años. La barba y el cabello grises, hacen contraste con un bigote un poco más negro. Le pregunté sobre aquella frase escrita referida al comunismo: «¡De cada cual, según sus capacidades; a cada cual, según sus necesidades!».

Me recordó que con frecuencia se pone toda la atención solo en esa parte de la idea, la de la distribución. Y que, por lo general se pasa por alto una razón esencial dicha justo antes en el mismo párrafo, sin la cual estaría incompleta: «cuando el trabajo no sea solamente un medio de vida, sino la primera necesidad vital... (en) el desarrollo de los individuos en todos sus aspectos».

Entonces hago algo que ya Umberto Eco me había advertido no hacer: preguntarle —a Marx—, qué quiso decir. «El autor debería morirse después de haber escrito su obra. Para allanarle el camino al texto», siempre repetía el hermeneuta. Así es que me detengo en el interrogatorio.

Y aunque me prometí hacer tabula rasa de mis prejuicios, no pude evitarlo, y le conté de la tendencia a citarlo unas veces y a tergiversarlo la mayoría. Que sus pensamientos se han visto constantemente reducidos a consignas. Enajenados ellos mismos. Y que algunas de sus ideas se habían repetido tanto, que hasta habían perdido su sentido original y su filo subversivo.

Su irritación fue evidente. Le fascina discutir. En muchos sentidos me recuerda a Sócrates. Me dejó claro que prefería el conocimiento mediante conceptos, que no por ejemplos, aún cuando *El Capital*, esté lleno de ellos. Y que las cosas que habla y escribe, son para movilizar al proletariado mundial a favor de su propia libertad, no para limitarle sus posibilidades mediante frases descontextualizadas. Me recordó a Martí cuando en Emerson criticó a los «fraseadores» que desconocen cómo «cada pensamiento es fruto del dolor de la mente».

En ciertos aspectos sigue siendo el mismo Marx, convencido de la importancia de mostrarle al mundo porqué está luchando en verdad. Y que, en este movimiento revolucionario, había que lograr que fuera consciente de su propia conciencia, pero no mediante dogmas. Tenemos que elevar la conciencia de clases, me dijo.

Marx tiene 64 años. Le cuento que Nietzsche cree que Dios ha muerto. Pero le aclaro que no se refiere a él, porque estamos en 1882 y Marx no ha muerto. Pero sí ha estado enfermo por mucho tiempo. Ha vivido y trabajado intensamente, desatendiendo su salud. A todos sus achaques se le suma un catarro permanente que se le aferra a pesar de todos los viajes que realiza para palearlo alejándose del frío.

Finalmente lo hice. Le pedí que me dedicara el libro. No se opuso. Pero me dijo que sus textos no buscaban acoplarse al mundo, o ser coherentes al orden de las cosas. Que no bastaba

con leerlos y volverlos a cerrar. Que, a través de ellos, intentó construir a un lector muy particular: el sujeto revolucionario. Y que mientras que solo fuera interpretación aquello que debe ser transformado, estaremos cargando la culpa de nuestra propia inconsecuencia.

Esta vez pasé mucho tiempo en el Mundo Marx. Cuando regresé al nuestro supe que hace 140 años el *Moro* murió. Al principio no lo creí. Todo sobre él se siente tan real y subversivo, que es difícil que haya muerto. Va, y se equivocaron de hombre. A fin de cuentas Carlos es un nombre común.

Es 14 de marzo de 1883 y Marx tenía 65 años. Murió sentado junto al fuego, quince meses después de haberlo hecho Jenny, su compañera de toda la vida. Al día siguiente, sobre la irreparable pérdida escribió el amigo fiel: «A la humanidad le falta la cabeza más notable de nuestro tiempo».

Desde entonces, mi mente no deja de visitar su sepulcro en el cementerio de Highgate, en Inglaterra. Y aunque en su tumba está escrito: «Trabajadores de todas las tierras unidos», no estaría mal recordar a modo de epitafio marxiano, aquello que escribió en una carta a su amigo: «En cualquier caso, espero que la burguesía recuerde mis forúnculos hasta el día de su extinción. ¡Malditos sean!».

Esta noche lo iré a buscar, tal vez pueda venir conmigo. En definitiva, la muerte es también un viaje; quién sabe si al comunismo.

Nota: todos los datos de la vida de Marx, fueron extraídos de la excelente biografía *Karl Marx*, de Francis Wheen.

El nombre, el hombre y el genio*

Hay nombres que no pueden pasar inadvertidos porque en ellos va algo por lo que se graban en la memoria colectiva y se transmiten de generaciones en generaciones. Hay hombres que vinieron a este mundo a marcar no solo su tiempo, sino a dejar una huella indeleble en la historia de la humanidad. Y hay seres especiales como marcados por una estrella, que sencillamente lo revolucionaron todo.

Genios capaces tanto de iluminar con certezas, como de encontrar preguntas nuevas que trazan caminos inéditos. Inventan poderosos acertijos. Construyen contundentes alternativas. Sobresalen. Estremecen. En Carlos Marx convergen nombre, hombre y genio. Este viernes de 2023 se cumplen 205 años de su haber.

Nació un martes 5 de mayo de 1818, y desde temprano, marchó muy por encima de la época que le tocó vivir y de sus contemporáneos. Dos siglos después, Marx encarna al duende o fantasma que recorre el mundo, con el que comienza *El Manifiesto Comunista*. Temido y terrible para unos, adorado e idealizado por otros. Solo que en ninguno de los casos sería posible ignorarlo.

Los prejuicios, cuando los desconocemos pueden ser terribles y sobre Marx todo el mundo cree saber algo. Dijo una vez alguien inteligente, que la mayoría de los que lo critican y al

* Publicado en *Cubadebate*, el 5 de mayo de 2023, <http://www.cubadebate.cu/opinion/2023/05/05/el-nombre-el-hombre-y-el-genio/>

marxismo a través de él, no se han leído un solo libro suyo; y de los que sí lo leyeron, la mitad no los entendió (ni a Marx ni a sus textos). Sin embargo, ahí vamos todos con una opinión al respecto. O una frase que aprendimos de memoria, tal vez por algún manual escolástico o resultado de alguna clase aburrida sobre marxismo. Frases que, en la mayoría de los casos, aparecen para justificar aquello con lo que muy probablemente Marx estuviera en completo desacuerdo. Frases sobre las cuales apenas nos hemos detenido a reflexionar, pero las repetimos.

Qué falta nos hace una hermenéutica marxista para depurar vicios y falsas identidades. Y para ello, la enseñanza del marxismo como una de nuestras prioridades, de acuerdo a la centralidad que le corresponde en un país socialista. ¿Qué marxismo enseñamos y cuál aprendemos? El marxismo no es *uno* y el mismo, como no lo son Marx y el marxismo.

Todo Marx es en gran medida marxismo, pero no todo marxismo es marxiano. Marxismo crítico *versus* marxismo dogmático, y positivista. ¿Cuántas herejías se han cometido y se comenten en nombre de «el marxismo»? ¿De qué marxismo hablamos entonces? La necesidad de estudiarlo llega de la mano de la necesidad de promoverlo correctamente. Lo cual, al mismo tiempo, debe acompañarse de un gran movimiento social a su favor, desde la voluntad política.

La enseñanza-aprendizaje de la filosofía y de las artes —por ejemplo— desde edades tempranas, para preparar las almas y las mentes. La reedición de las fuentes. La creación de espacios para su desarrollo. La importancia del contrapunteo, de generar polémica. De volver a la raíz, y al mismo tiempo de mirar hacia adelante. De sacar la vista del libro y mirar el presente. De la cultura como campo de batalla. De interpretar, pero sobre todo de transformar.

¿Aprender marxismo para qué? ¿Cuál marxismo para qué presente? Los marxistas críticos, revolucionarios, han entendido la importancia de conocer muy bien el orden —estado— de las cosas, como primer paso para subvertirlas. ¿Qué presente? ¿Estamos entendiendo nuestro presente? ¿O la aplastante vorágine cotidiana apenas deja tiempo para las urgencias?

¿Dónde están los resultados de las investigaciones que hacemos para comprender lo lógico y lo irracional de nuestro tiempo y de nuestra sociedad? ¿Dónde están las «conexiones dentro del movimiento» que Marx tanto criticó que la Economía Política perdía constantemente? Tenemos tantos centros de investigaciones y de estudios, por ejemplo: sobre la mujer, sobre las juventudes, de filosofía, de historia, de ingeniería, de matemática, etc. Pero, ¿dónde están las «conexiones dentro del movimiento»? ¿Cómo se tocan los resultados de esas investigaciones? ¿Dónde convergen? ¿Dónde y cómo se complementan? ¿Cómo dialogan entre sí a favor de un objetivo común?

El positivismo haciendo de las suyas, y no basta con celebrarle el cumpleaños a Marx todos los años. Y no basta con llamarnos marxistas. Y no basta con tener a la filosofía y al marxismo como asignaturas obligatorias en casi todas las carreras porque, para empezar, en muchos casos ni siquiera es filosofía ni marxismo, sino dogmas y frases vacías de contenido. ¿Cómo hacemos para que los resultados tributen al desarrollo de nuestra sociedad y por tanto de sus ciudadanos? ¿Dónde están las investigaciones sobre qué socialismo tenemos y cuál estamos en condiciones de reproducir ahora y mañana?

«Estudio de las condiciones de posibilidad». Estudiar el estado actual de las cosas, dijo Marx, pero para revolucionarlas. ¿Se vuelve marxista alguien por el mágico hecho de recibir clases de marxismo? Incluso, dependiendo de la calidad

de la enseñanza, puede hasta tener el efecto contrario. Esa es apenas una etapa en la vida y formación de una persona. A lo sumo podremos aspirar a producir *filo* (amor) marxistas. Despertar interés, curiosidad, motivación; el instinto y olfato críticos. Pero se necesita que el movimiento de la sociedad respalde esta producción de seres humanos filo marxistas. Y para ello se requiere que la dinámica económica y política ande por el mismo camino. Porque el marxismo es también, un movimiento social y cultural.

Hay existencias que son accidentales, someramente estadísticas. Otros existen como protagonistas anónimos. Y luego, están quienes le imponen a la vida el sentido que ha de tener; uno que es construido por ellos mismos. Lo inventan; no esperan. No tienen tiempo para perder. No obedecen. Por el contrario, asaltan al sentido común y lo trastocan. Marx fue muchos nombres y hombres en un solo genio. Un intelectual orgánico y por tanto un militante. Un filósofo de la sospecha. Acaso un espíritu del renacimiento por lo de las múltiples aristas del ser, pero al mismo tiempo un romántico, un moderno, un comunista, y un sujeto del futuro. Allí cuando parece que se agota, su obra prende ante las carencias de nuestra época. Reaparece tan sólida como indispensable. Terrible paradoja del presente-futuro de la cual nos tenemos que apropiarse. En todos los casos: felicidades Marx.

¿Dónde lavan las mujeres?*

Cada 8 de marzo se conmemora el Día Internacional de la Mujer, una efeméride que debe su existencia a la sostenida batalla por la emancipación de las mujeres y niñas y por la conquista plena de sus derechos. Si bien la historia de la humanidad es la de sus luchas de clases, inherente a ella ha tenido lugar la lucha por la «igualdad» entre mujeres y hombres y en contra de la discriminación de género.

La dictadura de las efemérides encierra una dinámica peli-grosa sobre todo para aquellas que nacieron revolucionarias pero que en la repetición esquemática pierden ese componente subversivo y caen en combate. Se vuelven, o mejor, las volvemos, efemérides distorsionadas que nos arrastran como presas de su propia fuerza centrípeta mientras desdibujamos su esencia. Olvidamos así el proceso que las llevó a ser, para concentrarnos apenas en fijar una combinación numérica que en el mejor de los casos asocie correctamente día, mes, año y titular; un pase de lista ante un calendario predeterminado para ser siempre el mismo.

Operamos una especie de metonimia que divorcia el contenido del continente, fragmentando el relato en partes aisladas que pierden sus conexiones dentro de un movimiento histórico que además se deja en pausa hasta el siguiente año. En

* Publicado en *Cubadebate*, el 8 de marzo de 2024, <http://www.cubadebate.cu/opinion/2024/03/08/donde-lavan-las-mujeres/>

este proceso de división y aislamiento de sentidos quedamos a disposición del recuerdo o del olvido, de acuerdo a la función social que le pidamos cumplir.

¿Qué consideramos y qué marginamos en cada efeméride? ¿Cuál es el criterio de selección desde el que valoramos y elegimos qué atender y qué excluir en una fecha determinada? ¿Al día siguiente seguiremos dándole importancia a lo que celebramos o conmemoramos «ayer»? ¿Sobre qué vamos a reflexionar este 8 de marzo? Como cada año, habrá quienes recuerden y vinculen la fecha al tremebundo suceso por el que perdieron la vida más de 100 mujeres encerradas deliberadamente en una fábrica estadounidense; por lo que este texto no tomará ese sentido.

En cambio, es menos frecuente asociar el Día Internacional... que en su origen fue «... de la Mujer Trabajadora» con la idea del comunismo, y por tanto del socialismo. Hacia allí quiero dirigir la atención en las próximas líneas, hacia la relación entre la liberación de la mujer, el patriarcado y el comunismo.

En conmemoración de este día pero del año 1917, el periódico bolchevique *Pravda* reconocía la decisiva labor de las mujeres trabajadoras, primeras en asaltar las calles de Petrogrado; sujeto revolucionario, componente esencial para la revolución que ellas comenzaron y que luego triunfó en octubre. Tanto entonces como ahora, no tenía sentido fragmentar la batalla. No se trata de dos luchas distintas y divorciadas sino de una: la de la liberación de la humanidad de todo signo de discriminación y opresión que, en definitiva, es la esencia de la revolución comunista.

Cada fragmentación en los esfuerzos revolucionarios, cada distinción acrítica que bautiza causas nuevas, pero las disocia de la causa común, no consigue más que aislar y confundir que,

por ejemplo, la liberación de la mujer solo puede completarse si se le concibe como parte de la superación de todas las opresiones contra la especie humana en general. Porque no hay liberación posible de la mujer si no se le concibe dentro del mismo movimiento de liberación absoluta de la sociedad.

Se trata de un único proceso, aquel mediante el cual las sociedades se alejan de reproducir relaciones de explotación y opresión. No hay dos, tres o varias luchas sino una: la de la especie humana por una vida de realización digna y plena de todas sus capacidades espirituales y materiales. Conclusión primera: el revolucionario no puede ser machista.

Así como todas nuestras actitudes ante la vida, el patriarcado y el machismo también tienen un carácter político y de clase. No surgen de la nada, no son aleatorios o casuales, y lo que es más importante, no son naturales ni ahistóricos. Significa que son el resultado de un grupo de condicionamientos y de un tipo de actividad humana sobre los cuales podemos y debemos actuar para su transformación. Luchar para superar el patriarcado y el machismo es también una actitud ante la vida, y como tal puede ser pasiva o activa; o en otras palabras: reaccionaria o revolucionaria. Pero, ¿cómo enfrentar algo que muchas veces no somos capaces de distinguir? Mal no nos vendría un «manualito para reconocer machistas».

Recuerdo una ocasión departiendo con un grupo de amigos de distintas provincias del país, uno de ellos nos contaba sobre su última incursión en la albañilería de su casa pero no lograba recordar la palabra precisa para nombrar aquello que había azulejado. Los demás tratando de adivinar, a coro le mencionábamos partes de la casa que fueran «azulejables» como el fregadero, el vertedero, el baño, la cocina; hasta que él, impaciente y eufórico, interrumpiéndonos nos dijo: «donde lavan las

mujeres». Sucedió la comunicación al fin: todos supusimos que había azulejado el lavadero.

Ahí estaba el nocivo sentido común, esta vez disfrazado de machismo, cargado de imágenes y acciones concretas. Poco importa si se lava en el lavadero, la lavadora o en el río Toa; lo grave vendrá siempre que la fotografía en nuestras cabezas solo identifique o reconozca la tarea como función únicamente de las mujeres.

Ahí estaba lo *común* compartido, la idea preconcebida y reproducida que asocia las tareas domésticas como reino estricto de las mujeres. O, en general, una comprensión machista de la pareja y sus obligaciones que organiza la cotidianidad no sobre la base del acuerdo mutuo y justo, sino atendiendo al género. Así es que, desde pequeños, escuchamos a más de un familiar o amigo que nos «enseña» qué pueden y qué no pueden hacer las niñas y los niños y cuán decepcionada estaría la sociedad en caso de que violásemos semejante «moralidad» preestablecida.

Es de esta forma que la lucha contra el sometimiento por concepto de género se vuelve necesariamente la lucha contra todo tipo de opresión. Es una cuestión de principios: el desarrollo pleno del ser humano sin distinción de género, raza, credo, etc. No sería ético estar en contra solo de un tipo de discriminación al tiempo que justificamos otras; de modo que, no se puede ser a la vez comunista y machista en tanto el patriarcado y el machismo representan también un tipo de violencia y opresión.

No es casual que una de las militantes más importantes de la Revolución Bolchevique, Alexandra Kollontai, insistiera en sus discursos sobre la necesidad de rechazar el doble estándar de moralidad, uno de los tantos males heredados de la sociedad burguesa. En 1921 publicó que la nueva sociedad que se aspiraba a construir estaría fundada en el reconocimiento de dere-

chos recíprocos entre los sexos, «en el arte de saber respetar, incluso en el amor, la personalidad de otro, en un firme apoyo mutuo y en la comunidad de colectivas aspiraciones».

Por ello, no hay receta más que apelar a la dignidad como personas, tanto individualmente —es decir con nosotros mismos— como colectiva, dígase el yo en relación con los demás. «La dignidad plena» de las mujeres y los hombres debe ser el denominador común, la verdad absoluta sobre la cual construirnos y a nuestras relaciones. A partir de aquí forjar el pacto de cada «pareja», en el cual iremos incluyendo todo cuanto estemos dispuestos a dar y recibir; así como aquello en lo que no transaremos porque depende de valores no negociables.

El machismo no es un mal exclusivo de los hombres. A diario tropezamos con la «mujer machista» que se anula como sujeto y que subordina su vida como objeto del otro, ya sea esposo, ya sea novio, ya sea hijo, ya sea nieto... Como mujeres muchas veces reproducimos estereotipos patriarcales que se nos escapan, tanto desde el pensamiento, el lenguaje o a través de nuestras acciones. El lenguaje, por ejemplo —que nunca es neutral—, nos juega a menudo trampas, como cuando sin reflexionarlo pensamos y exclamamos en tono de reconocimiento que el otro en la pareja no es machista porque «ayuda» muchísimo en la casa.

Por ello hay que estar dispuestos en primer lugar a revolucionarnos a nosotros mismos, mujeres y hombres, porque esta no es una batalla de un solo sexo; para en el mismo intento subvertir la dinámica de nuestras familias y parejas. Dejar de ver la relación como atadura y fin de mis derechos y anhelos individuales, para construirla como el lugar al cual voy también a realizarme y donde no me agoto como ser. Una relación entre personas que no pierden sus identidades, sino que participan

de un proyecto común de crecimiento; convencidos de que mientras más fuerte sea la «pareja» como colectivo, mayores posibilidades se tendrá para ser felices juntos y como sociedad. Afiancemos los vínculos de libertad en detrimento de los sentimientos de propiedad que nos cosifican.

En esta labor no veamos como cosa menor o del pasado nuestras condiciones de vida, me refiero a todo lo conquistado en favor de las mujeres y las niñas tras el triunfo revolucionario de 1959 hasta hoy. En el marco de una revolución socialista, donde nuestra subjetividad ha sido condicionada para anhelar la emancipación de toda la sociedad, la de las mujeres y las niñas ha de poder expandirse y comprenderse, sin distinción por todos, como uno de los frentes más nobles por los que continuar batallando. Sin perder de vista, como decía Lenin, que la igualdad ante la ley todavía no es la igualdad frente a la vida.

Cuando ya no sea 8 de marzo y otra efeméride se imponga en el imaginario colectivo, y la felicitación del día ya no sea para nuestras madres, abuelas, hijas, sobrinas, maestras, esposas, novias, vecinas o amigas, no olvidemos que la lucha por la emancipación de todas ellas, de todas nosotras, continúa. Evitemos caer en la reducción y reificación de los hechos, de los procesos, de los condicionamientos histórico-concretos, de sus interpretaciones, de las relaciones sociales y por tanto de sus hacedores y partícipes. Y, sobre todo, no olvidemos que las efemérides por sí solas no cambian el mundo sino a condición de recordarnos que depende de cada uno de nosotros que revolucionemos cotidianamente nuestra realidad. No espere al próximo año para pensar y actuar contra el machismo, el patriarcado, y a favor de la liberación de la mujer. Soñemos juntos el comunismo y hagámoslo posible desde la praxis.

«Sin marxismo no hay Revolución»*

Este 21 de enero de 2024 marca el aniversario 100 de la muerte de Lenin en 1924. Y aunque este no busca ser solo un texto de efeméride, con especial interés contempla entre sus objetivos el homenaje al líder soviético a un siglo de su deceso.

Es bien sabido que las revoluciones sociales ni se construyen en las efemérides, ni se les salva apelando a la memoria histórica, sino que se construyen y se salvan en correspondencia con la capacidad que desarrollen sus protagonistas para superar sus propios condicionamientos sociales. Dígase, para producir alternativas creadoras ante los avatares de su cotidianidad. No es sino a cuenta de inventar revolucionariamente sus propias fechas, tiempos y teorías, que podrán conquistar los espacios y los modos para su reproducción práctica. Amén de que, para lograrlo, deban entonces moverse entre la tradición y lo desconocido.

No pueden faltar referentes a los que volver, en la misma medida que horizontes que pretender. En este sentido, determinadas fechas y hechos se vuelven ineludibles estandartes de su devenir. Y se le reclama entonces a la historia que sea crítica y una especie de autoconciencia del proceso que la niega o la continúa.

* Publicado en *Cubadebate*, el 21 de enero de 2023, <http://www.cubadebate.cu/especiales/2024/01/21/sin-marxismo-no-hay-revolucion/>

Vladimir Ilich Uliánov, que pasó a ser simplemente Lenin en la lucha política, es una de esas figuras imprescindibles que revisitar, pero no solo en los aniversarios, sino sobre todo desde el análisis consciente de cuánto tiene para aportarnos todavía hoy. O, mejor dicho, hoy más que siempre.

Lenin supo desde bien temprano que sin marxismo no habría sido posible la Revolución Bolchevique. Porque sin marxismo no hay revolución, o para ser precisos, no hay revolución socialista. En otras palabras, transición al comunismo. Para nosotros significa que sin marxismo no hay Revolución Cubana, al menos no del modo en el que por años la hemos construido y apropiado. Perdería su esencia de emancipación humana y justicia social. Dejaría de *existir*.

Y aunque no solo a través del marxismo vive una revolución socialista, este se vuelve componente imprescindible e inexcusable, sobre todo cuando se pretende tomar el cielo por asalto. Pero aquí urge otra precisión. ¿Acaso todo el marxismo le es consustancial a la Revolución Cubana? La respuesta es no, porque no existe tal cosa como El Marxismo, en singular y con mayúsculas; sino que existen los marxismos y los marxistas. Se puede resumir la cuestión del marxismo —en plural—, dividiéndolo en dos tipos: el crítico y revolucionario (que es el que necesitamos reproducir), y el positivista y dogmático, que tanto mal hace —entre otras cosas— porque ha creado la falsa ilusión de una tradición marxista entre nosotros, que en realidad —en muchos casos— está lejos de ser crítica.

En este sentido, Lenin pertenece a esa línea de marxistas revolucionarios que debemos reclamar. Fue no solo adalid de las teorías de Marx y Engels sino, sobre todo, capaz de interpretar y desarrollar revolucionariamente aquellas condiciones sociales para las que estos solo habían hablado en sentido

general. En esta línea de acción, se convirtió en el primer líder marxista que dirigió una revolución socialista que triunfó, e instauró el primer Estado socialista de los obreros y campesinos en el mundo.

Como creativo continuador de la dialéctica marxiana, supo que sin teoría revolucionaria no hay práctica revolucionaria, y viceversa. Sin práctica revolucionaria no hay teoría revolucionaria. No por casualidad fue un incansable estudioso que no perdió oportunidad para estar al tanto de los avances de la ciencia. Que reclamó a las juventudes que aprendieran a conocer, pero sobre todo a obrar cómo opera el comunismo que se lucha y se trabaja y no el de los manuales. El militante y activista que nunca perdió de vista la necesaria relación entre teoría y praxis, y por lo tanto entre teoría socialista y práctica política socialista.

Fueron esas algunas de las claves que le permitieron aguzar la mirada y percibir correctamente, por encima de sus contemporáneos, cada coyuntura política como una oportunidad única e irrepetible. Y cada giro de los acontecimientos, como una escuela para desafiar la teoría existente fundando una nueva para sus actuales circunstancias.

Fernando Martínez Heredia, riguroso conocedor de Lenin, nos decía en sus cursos que uno tiene que aplicarle lo que uno tiene como su paradigma a lo que se estudia. De esta forma, por ejemplo, si yo estudio a la Revolución Cubana, tengo que aplicarle invariablemente, el marxismo revolucionario.

Pero claro está, no se trata de aplicar recetas o de repetir frases. Usted puede ser gran memorizador de citas —verdaderas o recreadas— del tipo: el ser social condiciona a la conciencia social; u otra de las preferidas: el hombre piensa como vive; o la economía es la expresión concentrada de la política; o recitar la tesis XI sobre Feuerbach, y con la misma quedar atrapado en

el pensamiento más dogmático posible, sin transformar nada. O quién sabe, va y cambia algo, pero no lo que debía ser cambiado.

Porque lo más importante alrededor de esas frases y sus mensajes, no es el absurdo de recitarlas de memoria, sino ser capaces de conocer las conexiones que mediante estas establecieron sus autores con su realidad. Las circunstancias que las generó. El movimiento social que describen. El sistema de relaciones sociales que establecen. La crítica que encierran.

Porque lejos de ser el objetivo el desfile de la memoria pasiva, lo que cuenta son los modos revolucionarios en los que podemos apropiarnos de ese conocimiento marxista para producirlo de acuerdo a nuestro tiempo y nuestras condiciones. De la misma forma en la que teniéndolo como punto de partida, me responsabilizo moralmente con lo que pienso para actuar coherentemente. Porque el marxismo crítico, es también una filosofía de guerra de la lucha de clases.

No es casual que sobre Lenin pesen un sinnúmero de especulaciones, tergiversaciones, y prejuicios. Y que, así como desde la izquierda apelaremos a sus experiencias y lecciones, desde la ideología opuesta continuarán saboteándolo, pues en definitiva lideró la primera gran amenaza histórico-concreta contra el capitalismo mundial. De nosotros depende seguirlo rescatando de la ambigüedad a la que lo someten; mantenerlo vivo y situarlo en la justa posición que le toca dentro de esa tradición marxista que atestigua que una sociedad verdaderamente humanizada es posible y factible.

Fidel, que fue un poderoso continuador de la obra de Lenin, a propósito del centenario de su natalicio en 1970, nos llamó la atención sobre la enorme desventaja y dificultad que constituye para los revolucionarios ignorar el marxismo y el leninismo.

Dejar de ser marxistas o extraviar la brújula (ideológica) para nosotros es otra forma de dejar de ser revolucionarios. O lo que es lo mismo, es sentarse de brazos cruzados a esperar hasta que el futuro nos quite la razón, y nos condene al «basurero de la historia». Así como todo movimiento no es revolucionario, toda transición no es socialista. Aferrarse a «y sin embargo se mueve», puede implicar más bien un retroceso. Pero como ya se sabe, la historia no perdona a los indeterminados, mucho menos a las revoluciones que teniéndolo casi todo para vencer, se bajan de su propia locomotora, para entonces perder el viaje. O lo que puede ser todavía peor, para cambiar el rumbo. Revoluciones que transmutan de locomotora a cabús.

Definitivamente estos pensamientos no pueden ser solo de ocasión y fechas; no hemos llegado hasta aquí para darnos por vencidos. Lenin, en su centenario, no nos lo perdonaría.

¿Dónde está el sujeto revolucionario?*

Un mundo en crisis y una subjetividad que lo atestigua, pareciera ser, en resumen, todo aquello que dejaremos en herencia a las futuras generaciones; mientras acabamos de asolar al planeta Tierra espiritual y materialmente.

Aunque hay que decir que la idea —muy de moda, por cierto— de destrucción planetaria cumple una importante función social para el capitalismo y sus ideólogos y, por tanto, debemos usarla con precaución y sin ingenuidad política. Es más fácil para los dueños del mundo convencernos de que en el proceso de reproducción de la acumulación ampliada del capital —para lo cual explotan y oprimen a más de medio mundo y sus pueblos— es muy probable que nos extingamos por el camino. Así aprovechan para avanzar en su agenda neocolonizadora y si de alguna de sus guerras imperialistas de turno se escapan bombas nucleares, por ellos no quedó, nos avisaron; es más, hasta «lo vieron venir».

Se detienen aquí, se recrean, entra en escena su maquinaria mediática, que incluye espacios estrellas como el cine, las plataformas de *streaming* y los videojuegos, para echar a andar materiales de «ficción» en los que se nos muestra —de muchas formas— el *show* del apocalipsis. Porque, como se repite hoy, es más fácil para la burguesía —o más rentable— destruir el

* Publicado en *Cubadebate*, el 5 de mayo de 2024, <http://www.cubadebate.cu/opinion/2024/05/05/donde-esta-el-sujeto-revolucionario/>

mundo que salvarlo; o lo que es igual: destruir el mundo que transformarlo revolucionariamente. Aunque lo parezca, la idea no es nueva, ya estaba contenida en la valoración marxiana y engelsiana sobre la burguesía en *El Manifiesto Comunista*.

Se gastan millones en súper producciones cinematográficas, en el marco de la industria hegemónica del cine, para forzar-nos a ¿pensar? escenarios de destrucción masiva de la especie humana y, ante esto, sus modos de «escape». En el fondo, solo se consigue exportar hacia esos nuevos planetas conquistados ficticiamente —mas no superar— las profundas contradicciones entre las dos clases sociales antagónicas fundamentales en pleno apogeo: burguesía *versus* proletariado. Una especie de «descubrimiento de América» extraplanetario, alienígena.

Más de lo mismo: es para la burguesía un mejor negocio morir y matarnos a todos en el proceso —no sin antes haber convertido su propia muerte en una mercancía— que representar las alternativas de la salvación, porque eso significaría para ella ceder su lugar, dejar de existir. Las dos ideas son incompatibles: salvar el mundo transformándolo en uno mejor o explotarlo hasta exterminarlo; y a los burgueses no les conviene que sepamos pensar y actuar a favor de la opción subversiva. Se empeñan para hacernos olvidar, poco a poco, que somos —en potencia— sujetos de la acción, sujetos revolucionarios.

Aunque sus métodos varíen de forma, persiguen un único fin: desterrar de nuestras conciencias cualquier chispa de insubordinación al orden de cosas actuales liderado por dicha clase. Para eso apelan a la violencia estructural que inunda cada esquina del sistema de relaciones sociales mundial, para que no quede alguien sin recibir su dosis. No importa en qué punto geográfico nos encuentre, la burguesía sabe cómo fabricar sus misiles ideológicos de alta precisión; no repara en los costos,

solo en los resultados. No distinguen, por ejemplo, entre masacrar deliberadamente a niños y mujeres palestinos —para que no sobreviva quienes sostengan en el tiempo la defensa de su pueblo—, o un «inocente» y muy cómico meme que ridiculiza al marxismo —justamente la ciencia que surgió para superar el capitalismo—; lo que busca es anularnos como sujetos de un cambio que amenace su estructura de poder.

Sin embargo, el rango de acción y la intensidad de su ofensiva —aunque no lo quieran— está marcado por la existencia y vivacidad de la lucha de clases: proletariado *versus* burguesía. De todas las clases que hoy se enfrentan a la burguesía —decía Marx— solo el proletariado es una clase verdaderamente revolucionaria. Pero ella es experta en disfrazar las cadenas con las que nos atan, en «adornar» la explotación, en resetear la memoria histórica de los pueblos oprimidos, en caricaturizar a los verdaderos héroes de la emancipación humana, en reinventarse; en cambiarlo todo, aunque solo sea en apariencias.

Por eso el ejemplo de Cuba sigue siendo vital en la geopolítica contemporánea. Por eso Estados Unidos, a partir de 1959, nunca nos toleró, porque la Cuba socialista es una pesadilla para el sistema capitalista mundial, un error de «la Matrix»; un lujo que no pueden darse. Somos —aún y a pesar de todo— la diferencia en la semejanza, en esa estandarización material y espiritual que la burguesía provoca. ¿Por cuánto tiempo más? Depende de los revolucionarios cubanos y las alternativas que encuentren o mejor, que creen, para continuar marchando por y para los humildes.

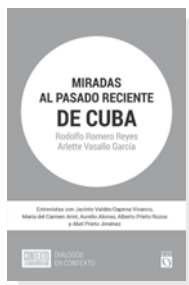
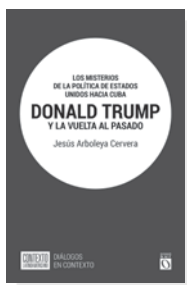
¿Quién es el sujeto revolucionario cubano? No es un ente abstracto, no es una entelequia marxiana, no es una deidad que hay que convocar solo en épocas de crisis; él es la suma orgánica del pueblo que es héroe de su cotidianidad y que con su

actitud combativa salva a la Revolución. Porque no hay Revolución cubana sin pueblo cubano. Es el protagonista, anónimo en tanto no se publican sus nombres, pero real en tanto en él se deposita todo el peso de la nación. No es una denominación pasada de moda o salida de manuales dogmáticos, es la viva encarnación material del empuje de un país.

¿Dónde está ese sujeto revolucionario? Cambia de cuerpos, pero no de epopeya. Está en cada cubana y cubano —de origen y de convicción— que decidió no encerrarse en su individualidad para sentir y actuar en colectivo. Está en la ciudadanía activa que se enfrenta a lo mal hecho, a la burocracia, al sinsentido, a la mala educación, a la vulgaridad, al abuso de poder, a las desigualdades, a las injusticias. Por ello, al sujeto revolucionario cubano no basta con nombrarlo, hay que acompañarlo, sumársele, protegerlo, incentivarlo, levantarle la moral, escucharlo, saberlo entender. Hay que hacerlo consciente de la hazaña que ha realizado «en la lucha final», de la capacidad que tiene para transformar el mundo mientras siga haciendo de Cuba un país de bien. Un sujeto revolucionario para nuestro pueblo y para otros que luchan por su dignidad tiene que saberse, también, sujeto y ciudadano del mundo.

Cuando Fidel nos convocó a que lucháramos por nuestros sueños de justicia para Cuba y para el mundo, puede que también nos estuviera convocando a concientizar la importancia del sujeto revolucionario —es decir, del pueblo cubano— en la salvación de tanta subjetividad enferma a escala planetaria. Para hacerlo solo hay una vía: perpetuar el ejemplo del mundo moral que encarnó —y encarna— la Revolución Cubana como alternativa justa; lo cual, a su vez, solo es posible si no la dejamos sucumbir, si continúa tal cual debe ser: subversiva del capitalismo y la burguesía.

COLECCIÓN DIÁLOGOS EN CONTEXTO



COMUNICACIÓN

Apuntes para una guerrilla semiótica*

Preámbulo histórico

Quiso la historia de Cuba componer el mes de abril de símbolos políticos y, sobre todo, patrióticos. En el siglo XIX, uno de ellos es la Asamblea de Guáimaro [1869], en la cual se creó la primera República de Cuba en Armas; su primera Constitución; el nombramiento de Carlos Manuel de Céspedes como el primer presidente del naciente gobierno revolucionario; y la adopción de la bandera de la estrella solitaria como estandarte de la independencia, devenida todo un símbolo de la nación.

Veintitrés años más tarde, y a propósito de la ya significativa fecha, José Martí constituyó definitivamente el Partido Revolucionario Cubano [1892], al que llamó a convertirse en molde visible del alma del pueblo. Tres años después [1895], pero en fechas diferentes dos desembarcos por costas cubanas permitieron la incorporación a la guerra en curso por la independencia, de algunos de sus principales líderes revolucionarios: Antonio Maceo por Duaba; José Martí y Máximo Gómez por Playita de Cajobabo.

* Publicado en *La Jiribilla*, el 13 de abril de 2022, <https://www.lajiribilla.cu/apuntes-para-una-guerrilla-semiotica/>

La guerra armada de 1895, estratégicamente pensada como guerra necesaria, fue concebida por su organizador principal, José Martí, como un medio imprescindible para lograr la independencia de Cuba de la metrópoli española y, por lo tanto, del colonialismo. Con esa visión holística de la realidad que le distinguió, concedió gran significación no solo al conflicto bélico, sino en especial a las trincheras de ideas, sobre las trincheras de piedra. Avizoró tempranamente, el poder de la conciencia y de las armas del juicio en la lucha de nuestros pueblos de América contra el gigante de siete leguas.

En ese ensayo lleno de predicciones y revelaciones para todos los tiempos que es *Nuestra América*, escribió además, sobre la importancia de crear y enarbolar ideas enérgicas, recalcando el valor de que el mundo conozca esas ideas a tiempo. En función de la libertad de Cuba y ante el peligro de expansión imperialista de Estados Unidos sobre la región, reclamó para los ciudadanos cubanos: cultura; conocimiento de la historia; dignidad plena; la valoración de lo autóctono frente a lo importado; el inevitable llamado a la unidad interna y a la de todos los pueblos latinoamericanos. Todo ello sintetizado en el imperativo de ganar conciencia colectiva sobre y desde la centralidad de las ideas como campo de batalla esencial.

Allende el tiempo, el pensamiento del Héroe Nacional cubano se materializó en la Revolución de 1959 y en la obra de su líder natural Fidel Castro, quien más que discípulo, fue un intelectual orgánico de los principios martianos. Y por eso, ya no basta con leer a uno sin leer al otro. Conociéndolos en su interrelación, podremos comprender porqué y cómo, una revolución solo puede ser hija de la cultura y de las ideas y, por tanto, de la educación revolucionaria. Asimismo, por qué y de

qué modos se tiene que contar con las ideas para su defensa continua.

En el siglo XX el mes de abril también sirvió de asidero para la historia patria, real y simbólica. A solo dos años del triunfo revolucionario de 1959, tres aeropuertos cubanos fueron bombardeados como antesala de los planes de Estados Unidos para invadir Bahía de Cochinos [1961]. La máxima de «patria o muerte» recientemente enarbolada, cobró forma concreta en la defensa de la Revolución por sus contemporáneos, convertidos en resolutos guardianes de lo conquistado.

En el sepelio de las víctimas de los aeropuertos bombardeados, Fidel Castro proclamó el carácter socialista de la Revolución. Sin dudas un punto de inflexión en la historia de Cuba. A los tres días, dos nuevos sucesos marcaron el destino y carácter de la nación: 1) se asestó la invasión por Playa Girón de mercenarios organizados por Estados Unidos y entrenados por la Agencia Central de Inteligencia (CIA) de ese país; y 2) fue neutralizada en 72 horas convirtiéndose en la primera derrota del imperialismo en América [1961]. El valor del símbolo no abandona a abril: la primera gran derrota del imperialismo estadounidense en América —del mismo gigante de siete leguas—, ha sido atizada por una Revolución Socialista a solo 90 millas de distancia.

La firmeza ideológica y el espíritu revolucionario ya eran cualidades en el pueblo. Así como el Apóstol cubano, Fidel Castro comprendió la importancia superior de desarrollar la conciencia política como parte de la concepción de guerra de todo el pueblo. Fue sobre esta premisa que años después instituyó la Batalla de Ideas, como el arma política más poderosa. En el terreno de la lucha ideológica y frente a un enemigo hegemónico y monstruoso —cuyas entrañas denunció José Martí un

siglo antes —, Fidel Castro apeló a la inteligencia humana. Trabajó arduamente en base al antimperialismo, la unidad, la solidaridad, la moral socialista, y el humanismo, para lo cual fue necesario crear nuevos modos de producción y apropiación de lo espiritual y lo intelectual.

Fue un conocedor profundo de las características del imperialismo, ya bajo su forma de globalización neoliberal. Como Martí, también tuvo la capacidad para reflexionar más allá de su época, y desde esa lucidez nos dirigió. En 1999, en un discurso en Venezuela que bien merece volverse a leer, preguntó qué debían hacer los pueblos de América frente a la expansión neoliberal del imperialismo sobre la región y sobre las mentes de la humanidad. En ese sentido, apostó por la integración regional y la unidad latinoamericana y caribeña, siempre con énfasis en el desarrollo de las capacidades humanas y de la Batalla de Ideas.

En pleno siglo XXI, la pregunta aún pertinente sobre qué hacer, inspira nuevas reflexiones en función de una geopolítica mucho más compleja que la de hace 23 años. Es necesario interrogarse cómo revitalizar esa Batalla de Ideas para hacer de ella escudo y arma política de estos tiempos, en la época en la cual la clase dominante descansa en la ciencia y la tecnología —o más bien, en un tipo de ciencia y, por tanto, un tipo de tecnología subordinadas a la ideología capitalista—, para arrastrar frenéticamente la humanidad y las subjetividades a nivel planetario.

Hoy se habla con absoluta naturalidad en términos de sociedad del conocimiento y Era de la posverdad; de comunicación digital; internet de las cosas; metaverso; inteligencia artificial; transhumanismo y guerras híbridas. Y mientras las antaño pioneras películas de ciencia ficción parecen ya superadas, sus

escenas se extienden a la vida real en un panorama de colonización de nuevo tipo. Entonces la pregunta sobre qué hacer, no solo se vuelve ética sino imprescindible para un país con semejante tradición de lucha anticolonial, antimperialista, independentista y de justicia social. Pero, además, donde durante siglos se ha obrado desde la comprensión de la importancia y la fuerza de la verdad, la cultura, la conciencia y las ideas. El concepto de Batalla de Ideas que lo simboliza y sintetiza, necesita hoy ser adecuado; revitalizado en función de las nuevas formas que ha tomado, en definitiva, la lucha ideológica del capitalismo por su supervivencia.

Estamos llamados a pensar los modos mediante los cuales actualizar esta batalla de las ideas y las conciencias, como cultura contrahegemónica para el presente y el futuro.

Semiótica revolucionaria

La semiótica [a secas] es la disciplina dedicada a estudiar aquellos procesos, componentes, y reglas mediante los cuales se da la producción del sentido. Es también conocida como la disciplina de los sistemas de signos, y de la producción simbólica. Pero por sí sola, la semiótica no basta para brindar el armazón teórico y metodológico integrador que necesitamos como punto de partida para subvertir las formas en las que se produce el sentido social hoy, es decir, para ser capaces de entender de forma orgánica, los modos en los que nuestras subjetividades están siendo condicionadas por esa lógica del [autoproclamado] capitalismo cognitivo y su guerra híbrida. Y lo que es más importante aún, no basta para trazar un plan de acciones que conciba una praxis creadora, con capacidades no solo para cuestionar, sino para transformar esa realidad y a sus sujetos.

Sin el marxismo no se puede comprender el mundo, dice una vieja verdad habitualmente silenciada por sus detractores. Sin el marxismo crítico en particular, no sería posible —por ejemplo— interpretar, comprender y explicar las condiciones objetivas que intencionadamente se ocultan detrás de los procesos de comunicación digital, de guerra mediática, de la centralidad de internet y las redes sociales virtuales en la vida cotidiana, de la guerra cognitiva y, sobre todo, no sería posible argumentar que el motor impulsor de todo ello sigue siendo la lucha de clases; sigue siendo la disputa por la hegemonía ideológica, económica y política del sistema capitalista, imperialista y neoliberal a nivel global, que tiene en Estados Unidos su centro neurálgico.

En este empeño de construir herramientas teórico-metodológicas para penetrar la maleza de relaciones sociales contemporáneas; descubrir sus apariencias; develar las esencias, y erigir un método transformador, la propuesta del profesor y Dr.C. filosóficas Fernando Buen Abad Domínguez, consiste en una semiótica en clave revolucionaria.

Recientemente de visita en Cuba —también durante el mítico mes de abril— con un intenso programa de actividades, ofreció conferencias magistrales, charlas en universidades, institutos, centros de estudios, comparencia televisiva, entre otros intercambios que esta vez se extendieron hasta el centro del país. En esos encuentros un hilo conductor animó siempre aquellos en los que pude estar: un conocimiento riguroso del escenario internacional; una exposición lógica, histórica y marxista del orden de los acontecimientos de la actual guerra cognitiva y, en correspondencia, una pregunta: ¿mientras la hegemonía burguesa se despliega a través de su descomunal aparato de guerra híbrida, nosotros qué estamos haciendo?; así

como la invitación para que juntos conformemos una comunicación revolucionaria.

A pocos días de concluir su visita, la singular propuesta de Buen Abad de una semiótica revolucionaria merece ser pensada y debatida en nuestro país, no para asimilarla de forma mecánica, sino para apropiárnosla como acicate y substancia de la Batalla de Ideas. Por la trascendencia del tema y con el fin de que alcance nuevos auditorios, me propongo relacionar a continuación algunos elementos de su teoría, basándome fundamentalmente en su conferencia magistral en el Instituto Superior de las Artes (ISA).

Guerrillas semióticas

No debería sorprendernos la terminología bélica seleccionada, si se tiene la astucia de percibir que estamos en guerra. Siempre lo hemos estado de una forma u otra, solo que cuando no son «convencionales», y las guerras se desplazan a terrenos intangibles, se corre el riesgo de no estar preparados para enfrentarlas ante la incapacidad de percibir las.

Para quien todavía tiene dudas de esto, debería bastarle con leer los planes declarados por la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN), donde dice que la siguiente etapa de la guerra híbrida —dígase guerra combinada: financiera, militar, y mediática-cultural— e irrestricta será en el cerebro de las personas. Esto significa que vamos a producir en nuestras cabezas armas para destruir por lo menos dos o tres voluntades internas: 1) la idea de que podemos fundirnos con otras personas para resolver problemas —principio de solidaridad, unidad—; 2) la idea de que con la unidad se suma fuerzas para cambiar el futuro y 3) la idea de no resignarse ante el orden de las cosas

como si estuvieran muy bien, y querer cambiarlas. Esto no es más que el capitalismo con su fase imperial y neoliberal.⁴

La OTAN es hoy un compendio de inversionistas de la industria bélica mundial; del sistema financiero internacional; de las mafias mediáticas transnacionales y monopólicas que están desplegando en simultáneo una guerra en las tres categorías antes mencionadas: financiera, militar, y mediática. Sus planes han podido extenderse a propósito de su más reciente escenario de conflicto con Ucrania de vitrina y su premisa de acabar con los rusos a toda costa. En este sentido la guerra mediática, que es también cultural e ideológica, ha generado mucha confusión ante una audiencia internacional. Así, cuando se dan las noticias sobre el conflicto, no se explica el tipo de relación histórica que hay entre unos y otros; sin embargo, se influye para hacernos olvidar los datos centrales que el discurso de los medios burgueses se ha empeñado en esconder: 1) que el presidente de Ucrania es el producto de la evolución de un golpe de Estado; 2) que las fuerzas que lo sostienen son parte de un movimiento neo-nazi-facista y 3) que fue utilizada esta etapa para producir un escenario de conflicto bélico que excede a ese conflicto territorial y que tiene que ver con una geopolítica diferente en el debate. De forma tal, que el nivel de información y de análisis sometido a un claro de confusión prefabricado prevalece, lo cual es posible, además, por la descomunal sincronía del discurso, toda vez que dominan la ubicuidad y la velocidad.⁵

Ante tales circunstancias, las herramientas con las que contamos para responder en muchos casos son las mismas de

⁴ Fernando Buen Abad: Conferencia en el Instituto Superior de Arte, el 8 de abril de 2022 [Grabación y transcripción de la autora].

⁵ Ídem.

los años setenta y noventa del siglo XX, a partir de las cuales se desarrollaron cuerpos teórico metodológicos básicamente diseñados para mirar la realidad con el espejo retrovisor, que no nos permiten hoy analizar esta guerra híbrida, ni aplicarse en este dilema que es estudiar las agresiones en tiempo real. Y en este proceso nos damos cuenta que dichos cuerpos teórico metodológicos no están reaccionando como deberían, porque mientras estamos analizando las cosas más o menos presentes, ya hay que atender la siguiente agresión, y la siguiente ofensiva, y la siguiente masa de engaño, etc.; ante lo que tampoco tenemos capacidad de previsión, ni capacidad de intervención sobre ese discurso. De igual modo, estamos apelando a una forma de describir los fenómenos y los hechos con algunos instrumentales con los que ya no es tan fácil describir. Por ejemplo, lo que alguna vez entendimos como guerra mediática, pasó a ser guerra híbrida, y la sola categoría del fenómeno híbrido en situación bélica afecta el orden de los sujetos en guerra.⁶

Cuando se trata de sembrar confusión, cuando no se conoce ni de qué datos firmes asirse para que no nos hagan historias, se requiere de un instrumental para poner un freno a las noticias de hoy. Y no lo tenemos. Por lo que, de inmediato hay que reflexionar primero, si sería oportuno que desarrolláramos un marco teórico metodológico de este tiempo en las circunstancias que demandan los escenarios actuales, para decir cómo tenemos que fortalecer el protocolo, para saber cómo observar y cómo comportarnos en el escenario. Nos hace mucha falta tener capacidad de previsión para articular un dispositivo de mínimos, que nos arme para saber lidiar con todas las informaciones en el espectro amplio de las bases ideológicas con las que nos

⁶ Ídem.

pretenden informar, y así saber cómo acomodar los matices de lo que se nos dice. Por ejemplo, qué vocabulario usan, por qué acentúan una idea en detrimento de otras, una imagen, por qué el sujeto, verbo y predicado se maneja así.⁷

Necesitamos que estén en las agendas de discusión como problemáticas comunicacionales de primer orden del tipo: quién es el dueño de los medios; cuánto está afectando a las democracias la estructura monopólica de medios de comunicación; cuándo nuestra vida está sometida al manejo de unos cuantos negocios mediáticos; cómo nos influyen modelos de propaganda consumista, el fetichismo de la mercancía, la subordinación al valor del dinero, al valor del poder burgués. Todas ellas problemáticas comunicacionales de primer orden, en tanto estamos en una guerra que anuncia que en su siguiente fase utilizará todos los medios, a todas horas y de cualquier manera para atacar a los pueblos. No encontrar estos temas como agenda urgente y prioridad política deberá ser un motivo de preocupación para nuestra región.⁸

Por lo tanto, la propuesta es crear una plataforma en la cual, aprovechando lo valioso y útil que ya se ha producido, crear un sistema para ensamblarlo e imbricarlo, en un primer boceto de trabajo colectivo; para poder consensuar cómo construimos ese *corpus* teórico metodológico que ofrezca los protocolos de acción crítica. Pero necesitamos una crítica que tenga dentro motores revolucionarios. Que la crítica sea crítica motorizada para la acción revolucionaria y eso impulse el siguiente esca-lón: la tarea organizativa y la movilizadora. La tarea autocrítica y la retroalimentación para seguir la dinámica de las transformaciones.

⁷ Ídem.

⁸ Ídem.

Un modelo de trabajo colectivo

Ese boceto, o modelo que necesitamos para una plataforma de combate semiótico, debería permitirnos crear fábricas de munición semántica para disputar el sentido. Con capacidad de preparación para que no nos roben la palabra libertad, ya que es una palabra que no le pertenece más que a los pueblos en pie de lucha. Porque el modelo diferente al de la democracia burguesa no lo puede construir nadie más que los pueblos que se encuentran, dialogan, discuten, construyen ese concepto de democracia por abajo, en clave de lucha. Porque no puede ser, que en un país donde patria significa humanidad, vengan desde afuera a querer manipular ese concepto; con sus laboratorios de guerra psicológica que saben dónde nos descuidamos, dónde nos dormimos, dónde pasó algo, y ahí nos golpean.⁹

Entonces como no queremos aceptar que esa disputa y esa usurpación simbólica siga dándose nos urge que esta plataforma de guerrilla semiótica contenga un marco teórico metodológico basado en las tesis duras de Carlos Marx. Hay que reponerle el lugar que debe tener el marxismo y el leninismo,¹⁰ pues de otra manera estamos perdidos. Tenemos uno de los más importantes y transformadores métodos de la historia de la humanidad y no puede ser que haya temor a hablar de eso. Sería un desperdicio. Por tanto, tenemos un trabajo de comunicación que hacer para reivindicar ese lugar.¹¹

Debemos ser capaces en el corto plazo, de consolidar un boceto, un modelo para poder conversarlo, discutirlo, corregirlo

⁹ Ídem.

¹⁰ Fernando Buen Abad: Conferencias impartidas en su visita a la Universidad de La Habana, el 5 de abril de 2022.

¹¹ Fernando Buen Abad: Conferencia en el Instituto Superior de Arte, el 8 de abril de 2022 [Grabación y transcripción de la autora].

y aumentarlo de manera participativa. Crear espacios para la formación de cuadros en la lucha, que permita tener un ejército capaz de entender esta batalla y de contribuir a mantener alertas las antenas frente a este problema. Ser capaces de multiplicar el conocimiento, la metodología y la dialéctica del enriquecimiento de este cuerpo teórico. Y junto a ello, con toda urgencia, consolidar un espacio de autocrítica científica que permita hablar con toda libertad de nuestros errores, de nuestras deficiencias, y de las cosas que aún no sabemos, de las que nos falta todavía aprender y estudiar, pero que a veces nos da vergüenza decir que no sabemos qué hacer.

Necesitamos definir. Esta semiótica necesita nombre y apellidos. No es la misma semiótica de la escuela positivista norteamericana, o de la estructuralista francesa. Es una tercera idea distinta, que propone aprovechar la idea de Marx sobre la relación entre la apariencia y la esencia, como cuando escribió que, si las cosas fueran lo que parecen, no haría falta una ciencia. En tal sentido, queremos consolidar una ciencia que sea capaz de decir cuándo nos engañan; una ciencia para esa tarea cotidiana de enriquecimiento, de hacer conciencia para la participación colectiva; no solamente con igualdad de oportunidades, sino con igualdad de condiciones científicas. Ahí está el plan propuesto.¹²

Batalla de ideas para el siglo XXI

Cuando hoy estamos llamados a movilizarnos para construir una semiótica revolucionaria, es clave la comprensión de que no debe ser solo cubana sino, sobre todo, latinoamericana y caribeña. Y en esa construcción del sentido propio, debemos

¹² Ídem.

partir de la riqueza y diversidad cultural que caracteriza a nuestros pueblos, como puerta de acceso a elementos para una contrahegemonía ante la lógica del capitalismo unilateral.

En el caso cubano, este llamado a conformar un boceto para una guerrilla semiótica, debe tomar como punto de posicionamiento teórico y práctico, una extensa tradición de luchas por la independencia, la soberanía, y la defensa de una sociedad *otra*, más justa y digna. La Batalla de Ideas, es también un método para la defensa de esos ideales.

Como concepto, la Batalla de Ideas es amplio y rico en determinaciones, por cuanto se refiere a la defensa de la Revolución Cubana por sus ciudadanos, en un variado espectro de condiciones y posibilidades. La Batalla de Ideas en clave de semiótica marxista crítica y por tanto revolucionaria, está llamada a convertirse en una forma de desafiar estereotipos; un camino para la desconstrucción de juicios prefabricados por la maquinaria mediática; una vía para rescatar los símbolos que constantemente nos usurpa el capitalismo; una estrategia para desmontar conocimientos superficiales, tendencias y modas impuestas; una tribuna para discutir cómo la estética burguesa está sobrevalorada; una plaza para devolver a su justo sentido el significado de conceptos como democracia, libertad, participación, o socialismo. En fin, para al mismo tiempo que desarticulamos la producción simbólica y de sentido de las grandes oligarquías económicas, militares y mediáticas, poder construir subjetividades verdaderamente libres y desalienadas.

Es en este sentido que Fernando Buen Abad, nos ha hablado de una semiótica emancipatoria. Con capacidades para brindarnos un arsenal de recursos para interrogar nuestras realidades y a nosotros mismos; sospechar, cuestionar, dudar de aquellos contenidos, informaciones, noticias, etc., que abarrotan la

cotidianidad de sentidos unívocos y valoraciones dominantes; pero también para construir certezas, conocimientos, vínculos, alianzas, bienestar.

Y en este ir y venir de signos y sentidos, abril marca un horizonte de interpretación, para movilizar símbolos que han forjado el imaginario colectivo y la historia nacional, como la unidad, la participación creadora y el humanismo. Puntos de partida en la concepción de una Batalla de Ideas de semiótica revolucionaria que, sobre todo, tenga potencialidades para cimentar por la vía del socialismo como tránsito, la creación de una sociedad superior; donde los ideales de justicia social, amor y dignidad, siempre sean estandarte.

Los símbolos que nos rodean. La cultura como campo de batallas*

En los últimos tiempos y con cierta fuerza, ha calado entre nosotros la idea de que todo aquello que hagamos debe ser en primer lugar atractivo. Siguiendo este patrón, somos conducidos a [tratar de] lucir atractivos; escribir textos atractivos; dar clases atractivas; hacer programas de televisión atractivos; confeccionar prendas de vestir atractivas, y así sucesivamente tanto como guste. La expresión aparece en la cotidianidad para connotar nuestras actividades en colectivo y por tanto nuestras relaciones sociales, convirtiéndose así en mediación, determinación esencial, y condición de posibilidad para el éxito de nuestro quehacer.

Y aunque lo atractivo —a secas— es una abstracción que poco puede adelantarnos, al mismo tiempo funciona como un código, alrededor del cual se tejió una especie de pacto semántico general que permite entendernos cuando lo usamos. Quiere decir, que si un estudiante me pidiera hacer de mi docencia, clases atractivas, ambos pensaremos que la expresión es suficiente para comunicarnos. En este sentido, hemos hecho de ella un símbolo, y deber ser.

* Publicado en *Cubadebate*, el 2 de mayo de 2022, <http://www.cubadebate.cu/especiales/2022/05/02/los-simbolos-que-nos-rodean-la-cultura-como-campo-de-batallas/>

Este fenómeno someramente aquí enunciado, forma parte de un proceso más complejo, conocido como estetización de la vida cotidiana; una característica y consecuencia del capitalismo contemporáneo. Significa que lo estético — o por lo menos una interpretación de lo estético — deviene elemento obligatorio de las cosas y de las relaciones interpersonales, y comienza a inundar todos los espacios de nuestras vidas. Desde una idea unilateral de lo bello — y solo como exterioridad —, moviliza la capacidad del deseo, de la seducción, y del divertimento, como recursos imprescindibles que convierten el día a día en una sociedad del y para el espectáculo.

Estos son algunos de los resortes que mueven la ideología de la burguesía, con el fin de generar consensos mediante los cuales la hacemos nuestra. De esta forma, si todos aceptamos — acriticamente — esa idea de lo atractivo como cualidad indispensable del hacer, y por tanto del ser, estaremos aceptando también, que la producción y apropiación de ese atractivo esté sujeto a fines burgueses.

¿Qué o quién pauta la construcción de nuestros gustos? ¿Son socialistas o capitalistas los símbolos que denotan el actual modelo de atractivo en nuestro país? ¿Cómo se relacionan esos símbolos con la construcción de sentidos hegemónicos burgueses en riña con el socialismo?

Los símbolos que nos esclavizan

Para la burguesía, la hegemonía no es un producto conquistado, sino un proceso complejo de disputas y enfrentamientos. Tampoco constituye un proceso pasivo en el socialismo. Nunca lo es. La hegemonía es en sí misma sinónimo de contradicciones, pugnas, y por tanto refiere siempre a relaciones histórico-

concretas entre clases o grupos sociales en oposición. Dentro de este proceso, la producción masiva de determinados símbolos, ocupa un lugar clave como estrategia del capitalismo para agenciarse su hegemonía a nivel global. Sus símbolos no son ni casuales, ni espontáneos, ni neutrales. Tampoco se crean o existen desprendidos del movimiento real de la sociedad. En otras palabras: no se conciben separados de la producción material de la vida.

Quiere decir que, mientras el capitalismo produce sus mercancías, a su vez está produciendo ideas, emociones, aspiraciones, sentidos, conciencia, símbolos, y necesidades que para satisfacerlas, [el sistema] ofrece solo *un* modo unilateral: el consumo ampliado de dichas mercancías, cosas, y más símbolos. Es decir, convierte a los seres humanos en consumidores ampliados, y con ello, en dependientes, adictos, y esclavos; incapacitados de proyectar otro mundo mejor.

La ideología que la burguesía construye, hace que el consumo de ese universo simbólico abarrotado de mercancías, aparezca como el único modo para la realización personal y colectiva de los seres humanos. Como en esto le va su existencia, no puede conformarse con una producción simple, ni lineal de símbolos, sino que apuesta por una súper producción masiva y ampliada de ellos. Esto, a su vez, condiciona una subjetividad fetichista, cosificada, y enajenada de la realidad. Por ello la estética para el capitalismo es un poderoso recurso, y dentro de esta, la producción simbólica a gran escala es planificada, rigurosa e intencionada.

Por ejemplo, al producir un teléfono celular, el capitalista no se conforma solo con la creación de una mercancía, sino que lo concibe como un objeto rico en sutilezas metafísicas, para decirlo en términos marxianos. Es decir, está produciendo al

mismo tiempo modos específicos de consumirlo y de incorporarlo a nuestras vidas, los modos en los que nos vamos a apropiarnos de él. Lo concibe como sinónimo de estatus social; económico; como un símbolo de poder; de moda; de estilo de vida. Está condicionando en nosotros: aspiraciones, gustos, deseos, anhelos; así como la necesidad impostergable de poseerlo a cualquier costo.

En semejantes circunstancias de dominación material y espiritual de los seres humanos, las nuevas formas de colonialismo y subordinación son tan efectivas, porque: a) no son perceptibles a simple vista, hay que partir de un determinado nivel teórico y de conciencia de clase, y b) su éxito está en que nos apropiamos *espontáneamente* de esos símbolos/mercancías/objetos, y llenamos nuestra vida con ellos, sin entender las relaciones de subordinación que ello implica, cómo desmovilizan el pensamiento crítico, y generan un sentido común dirigido a una sola producción de sentidos, conciencias y subjetividades: la burguesa. Es así que la clase capitalista consolida su poder singular y el consenso alrededor de este: con nuestra complacencia, aceptación y reproducción de ese mundo mercantil y de sentidos mercantiles.

Ante este enredijo, el socialismo cubano necesita fortalecer, ampliar, y actualizar sus modos de producción de sentidos. Para ello, nuestro rango de acción no puede estar limitado solo a la producción espiritual —por más empeño que le pongamos—, y mucho menos desconectada de otras dimensiones de la vida real; sino que, por ejemplo, la producción material de la vida en Cuba, tiene que condicionar una producción de sentidos y de subjetividad socialistas, y viceversa.

Allí donde hemos sido pasivos y no creativos, el capitalismo ha suplantado nuestros símbolos y, al hacerlo, les ha dado un nuevo contenido o significado, como ha hecho con los conceptos

de democracia, a la que identifica con capitalismo y contrapone a socialismo y comunismo. O como hizo con los términos: socialismo, comunismo, participación, libertad, patria, marxismo y leninismo.

A todos ellos, les cambió el sentido y los legitimó unívocamente en oposición a nuestras formas de entenderlos y vivirlos. Ha fabricado imaginarios de lo atractivo, dentro de los cuales, ideas como socialismo, comunismo, democracia socialista y marxismo, no tienen cabida. Debemos recuperar los símbolos del socialismo, ponerlos en el centro de su quehacer público, resemantizarlos, refundarlos; pero también construir los de los nuevos tiempos. Renovar sus modos de presentación, sus usos, y su estética —en ocasiones— anquilosada.

Símbolos para la emancipación

La elaboración unitaria de una conciencia colectiva exige condiciones e iniciativas múltiples —palabras gramscianas—. Por eso, la construcción de subjetividades desalienadas, la creación de riquezas materiales, la conquista de una sociedad superior y más justa, la formación de hombres y mujeres nuevos, necesita de un socialismo más plural, más participativo, más orgánico, más creador y más subversivo.

Eliminar el espontaneísmo, el esquematismo, la chapucería, la irresponsabilidad, la improvisación en materia de producción tanto espiritual como material y de sentidos, de producción simbólica, de producción de imágenes, de producción de subjetividades, etc. Para ello necesitamos reforzar un sistema de acciones coordinadas, pensadas, planificadas, sobre todo multilaterales, y con conciencia de clase; que posibilite la diversidad de protagonistas, participación popular mediante. Destacar la importancia

vital de la comunicación social, con énfasis en la comunicación política, estratégica, y para el desarrollo y el cambio en el socialismo como tránsito al comunismo. Hay que redimensionar nuestras consignas y lemas, para cargarlas de contenido real y efectivo. Para que conecte con las personas de hoy y para que no se queden vacías, huecas, ambiguas, pasadas de moda en unos casos, violentas en otros. Para que, por el contrario, inviten a la construcción de nuevos sentidos: a la paz, al bienestar, al progreso, al amor entre los cubanos. Para que puedan configurar nuevos símbolos, trazar diferentes horizontes para la acción, proclamar la unidad dentro de la diversidad, y para que, por supuesto tributen al socialismo. Pero para ello, cada lema debe encontrar referente material directo en la sociedad real que habitamos, no una mera abstracción dislocada y enajenada; a menos que se proyecte como faro del optimismo en el corazón de cada revolucionario.

No queda otra salida que continuar elevando los niveles de preparación general, el rigor de la enseñanza, la formación marxista —efectiva—, la capacidad de interpretación —hermenéutica—, de semiótica, de la comunicación virtual, la capacitación de cuadros y dirigentes. Enfatizar la formación humanista de la ciudadanía cubana como paradigma político del sistema, el capital humano como eje de la educación, la enseñanza cívica, la formación de valores.

Conformar centros/cátedras/institutos que sean puestos de mando en el control combativo de las armas cognitivas que la burguesía utiliza contra nosotros; centros estratégicos que tracen las líneas de acción activa que vamos a establecer desde diferentes dimensiones de la sociedad al unísono, líneas multilaterales que se refracten en todas las dimensiones de nuestra sociedad.

La política cubana debe ser el arte de gobernar desde consensos; de dirigir desde la ciencia y la conciencia; de construir y representar democráticamente; y de condicionar y movilizar la participación popular activa. Por lo tanto, debemos resignificar la Batalla de Ideas — desde José Martí hasta Fidel Castro —; por ser un centro neurálgico de nuestra concepción de lucha contra la hegemonía burguesa y la lucha de clases.

La Batalla de Ideas es en sí misma un símbolo que ya está en el inconsciente e imaginario colectivos. Hay que devolverle su centralidad, ante un capitalismo que apuesta todos sus recursos a la guerra cognitiva. Pero para restituirle su poder revolucionario, debemos trabajar en sus funciones, sus objetivos en esta nueva etapa y por qué no, su estética.

En ese sentido, la cultura debe ser un campo de batallas, comprendiendo que cumple una función social, política, ideológica y estratégica. Buscamos la hegemonía cultural y no solo la política. Una no existe sin la otra. Retomemos la tesis acerca de la función social del arte.

Todos los productos culturales, desde los clásicos hasta los de nuevo tipo, como puede ser el accionar de una figura pública — *influencer* —, en el socialismo deben concientizar su responsabilidad histórica y social, en tanto participan de la formación intelectual y moral de sus espectadores. Pero también son clave en la formación o deformación de una conciencia revolucionaria, de un pensamiento crítico o banal, de una ideología humanista o, por el contrario, de una ideología que solo reproduzca estereotipos burgueses o reaccionarios y no por ello abandona sus funciones de entretener, acompañar, movilizar, estimular. Como tampoco tiene que ser vulgar, marginal, violento, para superar la división entre lo elitista y lo popular.

Construir conciencia popular y condiciones para que cada persona sea capaz de crear, de hacer, y de amplificar con responsabilidad a través de redes sociales –virtuales o no– las dinámicas cotidianas de la Revolución. Movilizar de forma creadora y estéticamente diferente, a las grandes mayorías desde la participación popular, reforzando el sentido de pertenencia del pueblo. Provocar nuevas expectativas, y propiciar la posibilidad de su satisfacción dentro del socialismo. Involucrar a la ciudadanía en la creación colectiva de nuevos sentidos revolucionarios.

Necesitamos pasar a la ofensiva en esa batalla de ideas. De ahí que nuestras cátedras e institutos deben ser fábricas de creación de sentidos comunistas, subversivos. Compuestas por equipos que desde la inter y transdisciplina –psicólogos; economistas; juristas; comunicadores; sociólogos; filósofos; semiólogos; hermeneutas; políticos; historiadores, etc.– construyan el marco teórico-práctico para generar contenidos *atractivos* para las mayorías, con énfasis en las generaciones más jóvenes.

Creemos proyectos culturales que se entrelacen orgánicamente y deriven muchas acciones a la vez: obras de teatro, cine, programas de TV, musicales, deportes y muchos más, que desplacen a Cuba de ese centro de producción de gustos y estilos de vida que hoy se fabrican en Estados Unidos. Por ello tenemos que constituir un arsenal de recursos materiales y espirituales para construir nuestro propio campo de batalla de forma activa. Significa abrir varios frentes simultáneos, no basta con acciones unilaterales, fragmentadas, y desconectadas. Necesitamos un sistema de teoría-práctica para la construcción de sentidos y en general de subjetividades a favor del socialismo y el comunismo.

Concientizar el paso de espectadores a partícipes y protagonistas de esta lucha por la hegemonía y la soberanía. Una estrategia plural, diversa, creadora, revolucionaria, multilateral, multiactoral, efectiva, y claro, *atractiva*.

Pero como ya se ha dicho, lo atractivo nos llega con sello burgués. De manera que, entre las problemáticas a solucionar está la deconstrucción de cierta producción burguesa que da al traste con esa idea actual de lo *atractivo* que tenemos. Entonces, nuestro plan teórico-práctico debe estar enfocado también en desmontar y superar esa lógica burguesa de lo atractivo, que habita en nuestras mentes y que condiciona nuestras valoraciones. Producir así, otros modos de entender y apropiarnos de nuevas formas de ser atractivos, que rompan con la lógica simbólica unilateral del ser-atractivo-burgués. Armar colectivamente una sociedad siempre superior; que sea humanista, política, social, económica y culturalmente atractiva, en función del bien de todos.

Dime con quién te informas, y te diré quién eres*

«El medio es el mensaje». Así dice una frase de Marshall McLuhan, que fue un profesor y filósofo canadiense que vivió el siglo pasado. Y lo de siglo pasado puede sonarle, como se repite popularmente, a periódico viejo; pero estamos hablando de que su aforismo tiene poco más de 55 años de creado. Ahora, eso sí, después de escrito cambió para siempre nuestra comprensión sobre la comunicación social; fundamentalmente, lo relativo a los medios masivos de información y comunicación.

A primera lectura la frase se las trae. Legítimo asustarse cuando un filósofo nos hace creer que va a explicar algo. Tal fue el caso de: la virtud es el justo medio entre dos vicios. O: lo lógico es lo histórico rectificado. O como cuando McLuhan afirmó: el medio es..., pero solo agrega: el mensaje. Y claro, tres lecturas después, la máxima sigue siendo compleja, entre otras cosas porque nos ha creado un oxímoron (dos expresiones contradictorias que al juntarlas conforman un nuevo concepto y sentido). Tal es el caso de este otro: aldea global. No hay dudas de que el canadiense fue también un maestro del lenguaje.

Pero, qué nos quiso decir. ¿De qué formas un medio puede ser el mensaje? Fácil: dime con quién te informas, y te diré quién eres. Significa que la distancia entre los medios y sus mensajes no es ajena a la ideología que contiene al primero. O visto desde

* Publicado en *Cubadebate*, el 4 de agosto de 2023, <http://www.cubadebate.cu/opinion/2023/08/04/dime-con-quien-te-informas-y-te-dire-quien-eres/>

otra de sus aristas, que es a través de los medios masivos de comunicación e información, que hoy nos creamos una imagen específica del mundo. Que no es el mensaje quien determina al medio, sino al revés.

Lo paradójico está en que no por esto deja de ser importante el mensaje en sí. Aquello con lo que primero nos relacionamos, sus palabras ya sean escritas, orales o visuales; en fin, lenguaje. Sin embargo, un lenguaje que nunca es neutral, sino que está cargado de connotaciones políticas, ideológicas, morales, teológicas, culturales, etc. Aun cuando el medio no sea —directamente— sobre política.

El contenido del mensaje ya no es tanto lo que dice, como lo que no expresa. Por tanto, su importancia no está solo en leer lo que grita, sino en buscar lo que omitió. Ahora todas sus palabras son prácticamente un accesorio para un fin. ¿Vendrá por aquí realmente aquello de que el fin justifica los medios? En todo caso, lo que no tendrá justificación es marginar al receptor en esta ecuación (de medio y mensaje). ¿Qué hacemos entonces con el receptor?

Se escribe para un lector, decía por su parte el hermeneuta Umberto Eco. De modo que, los medios existen para un auditorio. Un público que a estas alturas ha sido ya, creado por y para ellos. Moldeado y preparado para lo que va a leer, ver o escuchar. En fin, percibir. Y en este proceso, ¿dejarse reproducir como ente pasivo?

Si comunicar es hacer consciente a otra persona de su/nuestra propia experiencia de vida, la comunicación no puede ser pasiva. Poner en común con el otro, aquello que al compartirse dejó de ser individual, porque en definitiva, nunca lo fue. Siempre somos nosotros mediante relaciones sociales con lo(s) demás.

¿Dónde se perdió entonces la actividad del sujeto en el proceso de recibir información? Acuérdense de McLuhan, y de paso de Guy Debord cuando nos caracterizó como sociedad del espectáculo; y unos 100 años antes, no se olvide de la teoría de la enajenación sin la cual nada de esto tuviera sentido. Pues se extravió allí donde lo central dejó de ser informar al sujeto y comunicarlo con su entorno, sino vender noticias para servir a la lógica del capital.

Pero por definición, el sujeto en el socialismo no puede estar disociado de su realidad, con todas sus formas de apropiársela, entre ellas los medios masivos (o no) de información y comunicación. Se asoma de esta manera, un valor agregado para los medios en Cuba, la de crear un lector/receptor nuevo, diferente. Y lo distinto hoy para el sujeto, tanto como en el siglo XIX, radica en su capacidad para atreverse a pensar y actuar.

¿Cómo lograr que el mensaje de nuestros medios cree las condiciones para un receptor crítico? Para que, de la lectura inmediatamente pase al análisis, y del análisis a la reflexión. Para que, en el mismo proceso de interpretación y comprensión, se aliste para el debate, y entonces, se apropie del contenido/mensaje y se reconozca sujeto de su suerte. Y para que, finalmente, todo esto suceda en un mismo —aunque diferente— proceso comunicativo.

Menudo reto. Porque como ya es archiconocido, información y conocimiento no son lo mismo, así como tampoco debate y transformación. Depende de muchos factores el que uno desarrolle a ese otro que carga en potencia, y así se pueda de la información llevar al conocimiento y del debate a la transformación social revolucionaria. Asumiendo que la vida no se agota en sus re-producciones mediáticas.

En este sentido, nuestros medios deben propiciar un diálogo que no termine con sus textos, sino que permanezca abierto en sus preguntas, y condicione pasar del debate a la acción. La construcción de un lector/sujeto protagonista de su cotidianidad. Del sentido del texto (en su acepción amplia), al sentido de la vida.

¿En qué medida entonces, nuestros trabajos periodísticos, crónicas, podcasts, ensayos, novelas, películas, etc., deben ser o no una fotografía de la realidad? ¿Cuál debe ser el justo medio entre parecerseles a nuestro tiempo y al pueblo, y superarlos? La clave está en la crítica. En la capacidad de su lenguaje —oral, visual, escrito— para captar el entramado social como un sistema compuesto por múltiples partes muchas veces en conflicto. Y para que, al mismo tiempo que se apropia esta contradicción, explicarla, exponerla e interpretarla.

Si a través de las palabras las cosas y el mundo se vuelven comprensibles, entonces nuestros medios deben ser ambos en uno solo: igual a la realidad, pero críticos con ella. No deben olvidar que, en el proceso de informar, tiene la responsabilidad mayor de construirnos. O lo que es igual: convertirnos en activos creadores de nuevos sentidos más humanos. En personas con capacidades para continuar el diálogo que propuso el medio, pasando constantemente de lo físico a lo virtual, y viceversa. No anulando nuestra heterogeneidad, sino fomentándola. No reduciendo nuestras capacidades interpretativas, sino incentivando nuestro poder de valoración.

Lenguaje y comunicación contienen todo el tiempo memoria histórica, tradiciones, deseos, diversidad, dudas, lucha de clases, incertidumbres, historia, cultura. Nuestros medios, poderoso arsenal de la comunicación social que necesitamos, tienen el deber histórico y moral de transformar a sus lectores/

receptores/auditorio (o en su defecto: usuarios, seguidores) de espectadores pasivos a partícipes. Producir y apropiarnos de una comunicación social consciente, es sobre todo un poderoso llamado a la acción y la transformación. Y en la Cuba de hoy, toda acción y transformación deben ser revolucionarias, al igual que sus medios. A medios revolucionarios, mensajes transformadores.

Nota: Texto inspirado por la labor informativa y comunicativa de *Cubadebate*, en sus primeros 20 años contra el terrorismo mediático; por la verdad y las ideas.

La vida en reels*

Para quien a estas alturas de la invasión virtual en nuestras vidas no lo sepa, los *reels* son audiovisuales de cortísima duración que se encuentran diseminados por las redes digitales, en especial Instagram. Se trata de un anglicismo, otro más, que hemos incorporado sin la menor sospecha o cuestionamiento. El término viene del inglés para carrete o bobina, aludiendo justamente a los rollos con los que funcionaban todas las cámaras de fotos en sus inicios. Poco parece importar lo que signifique — si se le tradujera — y escasos son los esfuerzos para sustituirlo por su equivalente en español.

Pero no es el único caso, lo mismo ha sucedido con otros que se repiten diariamente hasta el cansancio, como: *influencer* (celebridad que ejerce «influencia»), *dm* (direct message: mensaje privado), *link* (enlace), *hashtag* (etiqueta), *tbt* (acrónimo de la frase *throwback thursday*: volver al jueves del pasado), *ghosting* (viene de fantasma y significa perder contacto con alguien intencionalmente), *stalker* (acosador) y esta «delicia» de las *cookies* (que literalmente es galleta pero no en el contexto digital). Al incorporarlos —acríticamente por demás— al lenguaje cotidiano, vamos normalizando el amasijo lingüístico y sus significantes, sin percibirlos como eso que también son: otra manera de llevar a cabo la colonización cultural en una de sus vertientes más directas y efectivas, el lenguaje.

* Publicado en *Cubadebate*, el 9 de abril de 2024, <http://www.cubadebate.cu/opinion/2024/04/20/la-vida-en-reels/>

Hagamos un experimento: dejémonos llevar por la moda de las «redes» y elaboremos una oración en castellano pero utilizando estos «préstamos lingüísticos» —adelanto que saldrá un tipo de dialecto a lo Frankenstein, pero eso sí, nos parecerá muy *cool* todo. Si, como bien se sabe, el ser que puede ser comprendido es lenguaje, entonces el problema que aquí se desprende no es de importancia menor. Visualice cómo queda el castellano después de semejante bombardeo foráneo y automáticamente con ello saque la cuenta sobre cómo impactará al pensamiento y la subjetividad, tan supeditados al lenguaje.

De esta forma se va conformando con nuestra aprobación, pero sin reflexionar sobre ello, un nuevo consenso. Los *reels*, harto populares, gozan de la simpatía y aceptación generales; a fin de cuentas ¿qué de dañino podría tener un microvideo de 15 segundos sobre una rutina de yoga, un chiste sobre una impresora que no imprime u otro sobre la mini coreografía de la canción de reguetón en turno? A primera vista uno va sobre deporte, el segundo sobre humor y el tercero sobre ¿música y baile? Sin embargo, detrás de cada uno de estos «pequeños videos inofensivos» se abre un diapasón de sentidos mucho más complejos, tejidos con extrema intencionalidad.

De manera tal que un *reel*, por muy corto, inocente, refrescante, cómico o serio, «desideologizado» o no, «apolítico» o no que se nos presente, es siempre un medio y un mensaje que nos cuenta algo, que tiene una finalidad determinada y que está dirigido a un público meta. Y como se insertan en la lógica del capital, en este caso desde redes sociales virtuales mercantiles, son en sí mismos mercancías concebidas para lucrar, directa o indirectamente, a través de ellos y, principalmente, de nosotros. De lo demás se encargan los algoritmos, esos que nunca dejan

algo al azar si de internet se trata o, en otras palabras, si de captar nuestra atención se trata.

Mientras nos embelesan, el tiempo parece contraerse; es la paradoja de los sentidos. Atrapados en el *tiempo reel*, aun cuando algunos duren pequeñas fracciones de segundos, podemos pasar horas consumiéndolos —o consumiéndonos—; pocas veces mejor ubicado aquel oxímoron de Marshall McLuhan: «el medio es el mensaje».

Acudimos voluntarios al desfile en serie de videos que abordan temáticas distintas, cuya diversidad asegura la posibilidad de quedar atrapados cuando, eventualmente, llega aquel que nos despierta algún interés por su forma o su contenido. Ya sea la ciencia, la música, la cocina, la guerra, la política o el cine, hay para todos los gustos. O mejor dicho, existen *reels* para todos los gustos ya que los gustos mismos fueron previamente condicionados, producidos, de la mano de nuestras nociones sobre lo entretenido, lo atractivo o lo interesante.

Como decía Carlos Marx en los *Grundrisse*: la producción es consumo y el consumo es producción en tanto crea, a la vez, la necesidad de más consumo y, con ello, las condiciones para una nueva producción. Si aplicamos este conocimiento al tema que nos ocupa veremos, además, que el consumo ampliado de microvideos da forma a un tipo específico de consumidor que siempre vuelve a ellos, garantizando la construcción de subjetividades con predisposición para este tipo de consumos.

Se inclina la balanza hacia nuestra permanente interacción con y desde internet, con las redes sociales digitales, las cuales están destinadas —en su mayoría, apariencia aparte— a crear nos dependencias, adicciones, fobias, carencias, etc. Recuérdese que a mayor tiempo que pasemos conectados, mayor será la ganancia para los creadores de contenidos y en especial para

los dueños de estos grandes monopolios de la «información» y la «comunicación». Se abre un ciclo en el cual nos sentimos estresados, agotados, alterados, aburridos, ansiosos y qué mejor modo de enfrentar estos estados de ánimo que usando — por ejemplo — los famosos reels.

De esa forma se crea en nuestro pensamiento la identidad entre el ocio y un tipo de consumo. En otras palabras, se formaliza la ilusión de que para satisfacer cierta necesidad, por ejemplo, de entretenimiento, debemos hacerlo viendo *reels*, en detrimento de un cúmulo mayor de alternativas que existen fuera de este reino. Sucede algo similar a la relación unívoca que establecimos entre ignorancia, aprendizaje y videos de YouTube, en contraposición a ignorancia, aprendizaje y libros. Y claro, en un mundo que marcha con prisa — porque así lo ha pautado el capital — no hay tiempo ni para aprender. Por lo tanto, entre leer un libro de 300 páginas y ver un video de 3 minutos, qué culpa tendrá el usuario si escoge «saber» a través del segundo.

Aparecen, a su vez, los grandes entusiastas del entretenimiento que consideran que la diversión es directamente proporcional a la banalidad y que el aprendizaje y la recreación están reñidos. Aprovechando estas fragmentaciones, los que mueven los hilos detrás de las redes sociales virtuales se valen de ellas y de herramientas como los *reels* — aunque no sean las únicas — para ir sustituyendo el conocimiento riguroso por la frivolidad; la ciencia por la opinión; para crear seres humanos ignorantes, superficiales, ligeros.

Una buena parte de la crisis que padece nuestra espiritualidad se refleja en que cada día nos cueste más trabajo representarnos la satisfacción de nuestras necesidades fuera del dominio de las mercancías — como si la dignidad o la felicidad humanas dependieran exclusivamente de la cantidad de mer-

cancias que poseemos. Toda vez que somos hipnotizados por ellas, nos condicionan a un modo de consumo que limita todavía más nuestras capacidades y potencialidades. El problema no trata simplemente sobre escoger entre una vía u otra para el entretenimiento o el aprendizaje, dígase entre el video o el libro, entre visionar y leer, recae, además, en que la elección de una implique la renuncia a la otra; simplificando nuestra conciencia y reduciéndonos a seres humanos unidimensionales.

«La vida en *reels*» podría llamarse la obra, excepto porque hablamos de la vida real y finita de cada uno de nosotros y las consecuencias nocivas de vernos condicionados por el capitalismo digital. ¿Qué nos pasaría si para cada situación que experimentemos recordamos un *reel* que ya vimos? A estas alturas, tal parece que cada actividad cotidiana que hacemos cuenta con su propio *reel*, signo y símbolo para cada una de ellas. De manera tal que si me voy a vestir pienso en el video que aconseja cómo abrocharme la camisa —como si hubiera solo una forma adecuada, la que dicen ahí—; lo mismo que si voy a interactuar con mi pareja, con los amigos o con la familia. Se repite la ecuación: para cada una de mis sensaciones, sentimientos o estados de ánimo, existe un minivideo al que se le puso voz, texto e imagen. De esta forma mis sensaciones ya no son mías, son de los creadores de contenidos y de la red virtual en cuestión. Ya no son internas, ahora existen fuera de mí y me dictan constantemente cómo tengo que ser.

¿Qué sucede cuando este mundo de microvideos apenas deja espacios para la imaginación individual porque ellos han construido una representación social para cada gesto humano? En ellos se nos dice —unilateralmente— cómo actuar, pensar, sentir, lucir; por qué reír, llorar, dudar; a qué aspirar; qué necesitar, anhelar, etc. Para cada caso existe un referente

material directo, un audiovisual que supone niveles bien bajos de comprensión y reduce las posibilidades de interpretación al mínimo. El pensamiento abstracto se esfuma y su lugar lo ocupa uno concreto sensible y simplón, al que le bajamos sus defensas y su capacidad de análisis crítico; sobre todo ante esos contenidos que llegan por la vía del «amistoso entretenimiento».

Reduciendo el tema al absurdo: ¿sería posible encontrarnos en una situación inédita para la cual no existe todavía un *reel*? Si esto fuera posible, ante la falta de hábito para pensar por nosotros mismos: ¿supondría paralizarnos como sociedad?

Sin espacio para la imaginación tampoco queda margen para la creatividad y las acciones creadoras, originales, novedosas, revolucionarias. Si para cada pensamiento o problema diario hay un *reel* que lo contempla o acaso lo conforma, bien poco necesitará ese pensamiento desarrollarse más que en reproducir, calcar e imitar.

Así que si usted no es «feliz» será porque no quiere, porque en internet y sus videos en fracciones de segundos están todas las respuestas — aunque nunca todas las preguntas —. En definitiva, de qué vale que la red de redes sea portadora de sabiduría, si se nos entrenó para apropiarnos de lo lindo sin lo digno, de lo bello sin lo bueno, de lo útil sin lo virtuoso. Para poner la atención solo en lo específico y discriminar el todo, las relaciones, el contexto, los condicionantes, los conflictos de intereses, las hegemonías.

Un panorama difícil de vencer, mas no imposible, pero dejemos que ese sea contenido para otro texto, porque este, para un lector entrenado en *reels*, puede resultar ya demasiado largo.

¿Mundos paralelos? **Las revoluciones entre lo «real» y lo «virtual»***

Tuve la oportunidad de participar en el Festival Mundial de la Internacional Antifascista, celebrado en Venezuela del 9 al 11 de enero de 2025. Fue, a su vez, la primera ocasión que visité este país. Mis expectativas ante lo desconocido eran amplias. Sin embargo, había un antiguo pensamiento que —a pesar de mi mala memoria— nunca me había abandonado y encabezaba esa lista de remembranzas sobre Caracas que al fin tendría la suerte de contrastar.

Hace casi 20 años leí que, en su primera visita a Venezuela, Fidel, notando desde el avión las elevadas lomas del Waraira Repano que abrazan la ciudad, dijo que si esas montañas hubieran rodeado La Habana, la Revolución Cubana habría triunfado mucho antes. Aquel primer viaje fuera de la patria después del reciente triunfo revolucionario de 1959, le sirvió al líder de los barbudos como punto de partida para tomar autoconciencia de la hazaña cubana y su impacto en Latinoamérica. Atareados con la vorágine de los primeros días de enero, ni los propios protagonistas de la joven revolución —y mucho menos el pueblo— eran capaces de percibir el tamaño de la proeza que habían encabezado y que desarrollaban.

* Publicado en *Cubadebate*, el 16 de enero de 2025, <http://www.cubadebate.cu/opinion/2025/01/16/mundos-paralelos-las-revoluciones-entre-lo-real-y-lo-virtual/>

Sesenta y seis años después de aquella cita de Fidel en Venezuela, la Revolución Cubana continúa siendo faro y guía, no solo en nuestro continente, sino para todos los pueblos en lucha y resistencia del mundo. No es chovinismo: lo pudimos constatar en el reconocimiento espontáneo que recibimos de parte de los participantes de diferentes geografías del mundo. Seguimos siendo punto de partida si de emancipación socio-política se trata. No encontré una sola mirada con desdén hacia nuestro proyecto.

Hubo una mística peculiar que se adueñó del Centro de Convenciones de La Carlota, una algarabía marcada por el optimismo de los presentes y, sobre todo, por la nobleza de las causas que allí se defendieron. Se congregaron más de 2 000 participantes; se corearon consignas patrióticas, populares, internacionales; se entonaron himnos, canciones; se hicieron nuevos amigos, alianzas de trabajo; se crearon agendas comunes; se debatió profundamente sobre las amenazas que acechan a la humanidad; se disputaron sentidos y se trazaron estrategias de luchas compartidas. Todo bajo la premisa martiana de que Patria es humanidad.

Mientras todo esto sucedía, con toma de posesión presidencial incluida, el relato de buena parte de las redes sociales digitales sobre lo que acontecía en Venezuela parecía identificarse con una realidad que solo existió en la dimensión virtual. Curiosa ironía de la modernidad imperialista. Justo en un evento en el que el problema de la comunicación fue centro, un tipo de comunicación digital traicionó por la espalda a la verdad. Aquel espacio donde la cultura fue concepto aglutinador de toda la diversidad allí reunida no pudo evitar ser víctima de la «cultura» de lo irracional. El Festival de la Internacional Antifascista no logró eludir — completamente — el ataque de todas las agen-

cias responsables del fascismo mediático. De las antinomias capitalistas no se salva nadie.

Entre las paradojas de la Era virtual está la de que para evitar sufrir los perjuicios de sus redes digitales la única vía sea no pertenecer a ellas. Un tipo de: ¿ser o no ser en lo virtual? Como si a estas alturas fuera factible semejante dicotomía. Y por el camino de los binomios llegamos a uno bastante instaurado ya en el sentido común, aquel que identifica la división del mundo entre virtual y real, como si toda aquella vida que transcurre en los límites de la digitalidad no fuera también real. O como si la mentira y la falacia solo tuvieran oportunidades en las pantallas de nuestros equipos electrónicos.

No existe más, al menos de forma orgánica, esa distinción entre mundo digital (como lo virtual) y tradicional (como lo real). Ambos son reales y como tal son el resultado de la actividad de los seres humanos, expresiones directas del nivel de desarrollo alcanzado por nuestras sociedades. Ambas dimensiones no se dan desconectadas entre sí, sino que son el resultado de un mismo y único mundo invertido, alienado.

Solo a la burguesía —y en nada a nuestros pueblos— le sirve toda fragmentación en este orden de cosas. Por eso los ideólogos del capitalismo buscan mantener la cuestión solo como una disputa de sentidos en el marco teórico-virtual y no en el de la praxis revolucionaria. Dejar la pelea encerrada en el yo individual, en la finitud de mi identidad digital —esa que dicen no pertenece al «mundo real»—. Acotarla a la eterna interpretación, contemplación y, en definitiva, aceptación.

De manera tal que, para los que participamos de los días históricos alrededor de la juramentación del presidente Nicolás Maduro, el relato en primera persona no coincide con aquellos que solo lo conocieron desde el cuento fabricado en los laboratorios

de la difamación y la desinformación hegemónicos. ¿Puede ser verdad y mentira a la vez que el país estaba lejos de cualquier caos político? A estas alturas y visto lo visto, sería tremendamente ingenuo de nuestra parte pecar de sofistas y relativizar la verdad que, por cierto, no depende del color del cristal con que se mire.

Ya Marx había entendido —y expuesto— que también el capitalismo (como anteriormente el feudalismo) produce irracionalidad. Solo un sistema irracional es capaz de aniquilar pueblos enteros para probar su arsenal armamentístico y desarrollar su industria militar; o de botar toneladas de alimentos en un planeta donde la desnutrición es uno de los principales problemas no resueltos con tal de no afectar la lógica del capital. Por eso es importante trascender esa división psico-social entre lo digital y lo analógico, entre lo virtual y lo real, para así comprender que toda la irracionalidad fabricada desde las redes sociales virtuales no tiene su verdadero origen allí, sino que descansa en las raíces del modo de producción capitalista.

No es casual que el objetivo de las élites burguesas sea borrarle la memoria (histórica) a nuestros pueblos, desactivarlos, envilecerlos. Para ello los enrola en un solo tipo de comunicación: fetichizada, enajenada, dividida, banal, intrascendente, mercantil. De ahí que esa agnotología, o producción de la ignorancia, que se opera a gran escala y con fuerte protagonismo desde las plataformas digitales solo puede ser contrarrestada y vencida desde la lucha de clases y la dictadura del proletariado. O, en otras palabras, asumiendo con conciencia clasista que la batalla sigue siendo entre opresores y oprimidos; entre explotadores y explotados; entre dueños de los medios de producción y proletariado; entre capitalismo y comunismo.

En este contexto, el papel de Cuba sigue siendo estratégico para el equilibrio del mundo y la Revolución Cubana un referente para otros pueblos en lucha, aquellos que no han renunciado a su afán de independencia y soberanía. Cuba, Fidel, Revolución, Pueblo, Socialismo, Comunismo, Partido... son algunas de las palabras clave desde las cuales se nos reconoce y que encienden la esperanza de que otro sistema no capitalista es perfectamente posible y realizable. Sí, somos la prueba viviente de lo anterior y así lo pudimos percibir durante el Festival Mundial de la Internacional Antifascista. Sin embargo, queda mucho por hacer para que en el futuro nosotros —junto a esos pueblos que nos abrazaron en Caracas— no tengamos que adorar una fotografía en blanco y negro que remita con nostalgia a un tiempo pasado que fue mejor que el presente.

Para que la Revolución permanezca símbolo del porvenir nacional y planetario hay que subvertir continuamente la cotidianidad. Recordar esa máxima que Fidel lanzó también en Venezuela, de que una revolución solo puede ser hija de la cultura y de las ideas, para continuar protagonizando desde la conciencia de clase la lucha final. Batalla que, si bien es virtual y terrenal, analógica y digital, conceptual y práctica, tiene que ser —ante todo— «comunístamente» subversiva. No debemos asumir en sentido contrario la lógica de las redes virtuales. Nuestra Revolución debe resolver dinámicamente su imagen virtual y física desde la centralidad del trabajo, sin fragmentaciones.

No hay forma de obviar las imponentes montañas caraqueñas presentes desde todas las vistas de la ciudad, tanto como no es posible ignorar las alarmas de una humanidad en crisis a la que se le ha condicionado a concebir primero su exterminio antes que su salvación. ¿Por cuánto tiempo más podremos vivir en mundos paralelos?

¿Pensar o actuar?*

Suele pasar que frases que se vuelven «clásicas» terminan siendo repetidas por muchos y con el mismo espíritu ignoradas, lo que evidencia nuestra falta de capacidad para analizar, razonar, interpretar, comprender y apropiarnos de ellas. La tesis XI con la que Marx nos convocó a la acción y nos advirtió sobre los peligros de permanecer en el encantador reino de la contemplación pasiva de la realidad, ha corrido con esta suerte. De tanto reproducir de memoria el aforismo, no nos hemos percatado del absurdo en el que devino: la mayoría de las veces ni pensamos, ni actuamos. El remedio terminó siendo peor que la enfermedad.

Si de «contemplación», «reino», «pasividad» y «permanencia» se trata, la célebre cita parece que dibuja con total lucidez y actualidad nuestras habituales prácticas en las redes sociales virtuales. ¿Redes sociales o enredaderas antisociales? En definitiva, diversos micromundos del ciberespacio interconectados en los que cada vez con mayor frecuencia permanecemos: 1) más tiempo contemplando pasivamente la realidad, 2) menos tiempo pensándola y 3) ni hablar de transformarla. Son paradojas de esta contemporaneidad, por día más irracional, que sitúan de un lado a individuos pasivos y acríticos, y del otro, a la llamada «Cuarta revolución industrial» (2000), a pesar de que

* Publicado en *Cubadebate*, el 30 de marzo de 2025, <http://www.cubadebate.cu/opinion/2025/03/30/pensar-o-actuar/>

muchos de nuestros países apenas están comenzando a lidiar con la «Tercera revolución...» (1970). De paso sea dicho que ya se habla de la Quinta (2021).

¿Cuáles son los verdaderos sujetos que dirigen el paso de una «revolución» a la otra? ¿Quiénes sí están pensando críticamente y transformando el mundo por nosotros? ¿En qué sentidos y dentro de qué límites suceden? ¿Somos conscientes de cómo nos impactan y nos están modificando dichos cambios? De todo este despliegue tecnológico: ¿qué le llega a los pueblos saqueados, colonizados, subdesarrollados y bloqueados? ¿Te has preguntado por qué nos relacionamos, en el mejor de los casos, solo con la punta del *iceberg* de esa revolución de las tecnologías de la información y las comunicaciones (TICs), las nanociencias, la inteligencia artificial y la robótica?

Como las «7 Magníficas» (Apple, Microsoft, Alphabet, Amazon, Meta, NVIDIA y Tesla) son conocidas las principales empresas estadounidenses que dominan el mercado global de las TICs, y dentro de esas siete, la burbuja Meta (Facebook, Instagram y «Wasa») acapara la atención y condiciona la conducta de millones de personas alrededor del planeta. Son estos líderes de las plataformas digitales quienes las han vaciado de la posibilidad para el análisis profundo y en su lugar han institucionalizado el entretenimiento fútil.

Curioso término este, entretenimiento, que está formado por «entre» y «tenencia» y que puede caracterizar muy bien nuestra experiencia, en tiempo y espacio, en las redes virtuales como accesos que «tenemos» mientras permanecemos conectados entre lo analógico – aparentemente abrumador – y lo virtual – supuestamente refrescante –. O, entre un mundo viejo y otro nuevo. Recuérdese que a las tecnologías modernas se les llaman nuevas, aunque ya sea una forma vieja de nombrarlas.

Todas son falsas dicotomías de lo real, fragmentaciones desde las cuales se nos dificulta acceder a la verdad sobre lo que nos rodea y sobre nosotros mismos.

De conjunto, el entretenimiento junto a su acepción como distracción pasan a ser mediaciones centrales de nuestra cotidianidad y vehículos para el empobrecimiento espiritual que padecemos, directamente proporcional a una permanencia acéfala en dichas plataformas. Con su doble condición, como entretenimiento y distracción, los contenidos digitales que abundan buscan *entre-tener* a un espectador que, cansado de sus avatares diarios, se refugia en la virtualidad como show. En tanto distracción se torna una especie de cura epidérmica ante el hastío, pero que en nada se propone llegar a la raíz y, mucho menos, descubrir y atacar las causas.

El código cibernáutico común es claro y en su ADN no está programado dotar de herramientas a los usuarios para cambiar las cosas, ni para cuestionarlas, ni siquiera para entenderlas. Siguiendo esta dinámica de funcionamiento se queda al campo otra palabra, y con ella nuestra actividad, usuarios: dígame de quienes usan algo. Pero, dado que vivimos en un mundo invertido, cuestión esta que debemos al capitalismo global, hemos terminado siendo más que usuarios, usados; alienados por la tecnología, todos los días, a todas horas. La Era de los pulgares condiciona consumidores contemplativos en serie, predisuestos genéticamente para que permanezcamos maniatados a nuestros dispositivos móviles, atendiendo a una pantalla programada para generar cada vez más adicción.

No caben dudas de que, como bien apuntó Marshall McLuhan, los medios son extensiones de los seres humanos. Esto sería una cuestión absolutamente maravillosa siempre que esas extensiones fueran elementos mediadores hacia lo bello, lo

bueno, lo virtuoso, lo humano, lo solidario, lo constructivo y lo digno de los seres humanos y no hacia sus opuestos.

Sin embargo, en las condiciones que impone el capitalismo de plataformas digitales, con su internet de las cosas, estas extensiones están siendo enajenadas de nuestros propios cuerpos y mentes; así como constantemente rediseñadas para desmovilizarnos. Si el medio efectivamente es, tanto el mensaje, como las extensiones de nuestros cuerpos, significa que en el consumo que hacemos de ellos ya hay un tipo de producción simbólica que ni siquiera tiene que esperar por el mensaje para darse y condicionar nuestras vidas.

Esa construcción de significados existe inmediatamente como producción y apropiación del medio. Mientras accedemos al celular, a la computadora, al *tablet*, a la inteligencia artificial (IA), etc., en su consumo ya estamos produciendo un tipo de subjetividad determinada y, por lo tanto, un tipo de seres humanos. Por ejemplo, el mayor impacto para nuestras mentes hoy no está tanto en lo que se haya buscado en *DeepSeek*, sino en el modo en el que esa y otras IA están modificando nuestras vidas, independientemente del contenido. ¿Podemos afirmar con total certeza que somos nosotros los que llevamos las riendas en la relación con nuestros aparatos «inteligentes» y nuestros perfiles en redes digitales, o es a la inversa? Efectivamente, el medio sigue siendo el mensaje.

Hay un paralelismo armónico entre la teoría de McLuhan, sobre los medios y la de Marx, en los *Grundrisse*, sobre la dialéctica entre la producción y el consumo, que se manifiesta en el tema que estamos abordando. Escribió el viejo Marx, que la producción engendra al consumo, ya que crea un modo determinado de consumir y la necesidad como atada a él. Ya no podemos concebirnos sin contacto constante con los demás

a través de plataformas de mensajería digital, o sin estar al alcance de una llamada telefónica en todo momento. A la ausencia de cualquiera de estas dos condiciones le llamaríamos estar incomunicados, olvidando que hasta hace muy poco no tener WhatsApp, ni celulares, ni internet no era condición de aislamiento.

Una vez producida como incomunicación la falta de ellos, la necesidad de tenerlos garantiza la reproducción de estos y otros medios modernos a través de los cuales la lógica del capital va conformando nuestras expectativas. Las características de esos medios están limitando las estructuras de nuestras mentes. En el mismo movimiento, la producción de esas tecnologías, de esas aplicaciones y de esos medios en general, están pautando y encasillando un tipo muy específico de consumo y, por tanto, del acto de consumo, del modo en el que «usamos» esos medios; así como: ¿para qué, cómo, cuándo, dónde y por qué los usamos? De conjunto con la producción de la necesidad de comunicarnos siempre, se generó que su satisfacción se realice mediante modos bien específicos, unilaterales y que no dispongamos de las herramientas para imaginar otros diferentes. Todo lo anterior no significa que no podamos cuestionar, comprender y cambiarlo todo, sino que el diseño estructural y las dinámicas desde las cuales operan estas redes y medios no está hecho para facilitar o motivar que lo hagamos.

Si bien es cierto que necesitamos construir una legión semiótica para hacerle frente, si vamos a pensar en clave marxista no podemos quedarnos en la disputa de sentidos, y mucho menos en aspirar a dominar el sentido común. Debemos empezar por superar esa falsa antinomia entre pensar y hacer, ya que uno no existe sin el otro. No hay teoría sin práctica o, llevándolo un paso más allá, como dijo Lenin, no hay teoría revolucionaria sin

práctica revolucionaria, y viceversa. Lo que significa que no es viable un pensamiento etapista, donde primero pienso y solo cuando termino de pensar hago, y mientras hago no pienso. Pensar y hacer forman parte del mismo proceso, tanto como producción y apropiación.

Se puede y se debe disputar sentidos, pero debemos hacerlo a la vez que se actúa prácticamente sobre las circunstancias y condiciones que nos subordinan. Será, sobre todo, a través de esa praxis revolucionaria que busca actuar e incidir en el cambio de las condiciones materiales de vida que se podrá ir generando un pensamiento contrahegemónico con mejor salud para enfrentar en la realidad los códigos reinantes.

El capitalismo resultó ser un experto en cooptar; en secuestrar lo que sobre él pensamos y decimos y desgajarlo de lo que podemos y debiéramos hacer, en consecuencia, transformándolo subversivamente. Es por ello que debemos atacar no solo conceptualmente, aunque necesitamos conceptualizar. Recuperar la actividad teórica recordando que esta no es una batalla solo teórica; sino, fundamentalmente contra las estructuras materiales que reproducen las actuales relaciones sociales de dominación de unos sobre otros y que tienen como punteros a la comunicación digital.

Seguimos en el marco de una guerra política, y como tal solo se resuelve en el campo de la lucha de clases y sus metamorfosis. Esta contienda lleva batalla de ideas sí, pero irremediamente debe enfocarse en la subversión del capitalismo, responsable de hacer de la relación entre medios, consumo, producción y sujeto una experiencia alienadora y desigual.

La insistencia del *Moro* en que no solo interpretáramos el mundo, sino que, sobre todo, lo transformáramos, no fue un capricho comunista. La historia de la humanidad va sobrada de

ejemplos que evidencian que nos podemos pasar siglos disputándonos sentidos teóricamente hablando, sin que ello se traduzca en un cambio material de nuestra realidad a favor de los pobres de esta tierra.

Para que los sorprendentes adelantos de la ciencia y la tecnología puedan extender sus verdaderas potencialidades emancipadoras paralelo a nuestras capacidades como seres humanos, no basta con múltiples interpretaciones y descripciones sobre nuestra realidad. Se requiere un despliegue creativo superior, capaz de construir una nueva sociedad cuyos cambios de paradigmas estén en función de multiplicar la justicia social y el bienestar colectivo. Solo así, esas extensiones de los seres humanos implicarán mediaciones verdaderamente humanizadas y libres. Habremos eliminado para siempre la falsa división entre pensar y hacer revolucionariamente.



ocean sur

una editorial latinoamericana

www.oceansur.com • info@oceansur.com

Ocean Sur es una casa editorial latinoamericana que ofrece a sus lectores las voces del pensamiento revolucionario de América Latina de todos los tiempos. Inspirada en la diversidad étnica, cultural y de género, las luchas por la soberanía nacional y el espíritu antimperialista, desarrolla múltiples líneas editoriales que divulgan las reivindicaciones y los proyectos de transformación social de Nuestra América.

Nuestro catálogo de publicaciones abarca textos sobre la teoría política y filosófica de la izquierda, la historia de nuestros pueblos, la trayectoria de los movimientos sociales y la coyuntura política internacional.

El público lector puede acceder a un amplio repertorio de libros y folletos que forman sus doce colecciones: Che Guevara, Fidel Castro, Revolución Cubana, Nuestra América, Cultura y Revolución, Roque Dalton, Vidas Rebeldes, Historias desde abajo, Pensamiento Socialista, Biblioteca Marxista, El Octubre Rojo y la Colección Juvenil.

Ocean Sur es un lugar de encuentros.

SOCIALISMO CUBANO: REVOLUCIÓN, MARXISMO Y COMUNICACIÓN

«Este no es un libro de academia, aunque en sus orígenes fuera todavía —solo— una académica. No es un tratado sobre teoría, a pesar de que sus ensayos más antiguos se pensaron como respuestas a las inquietudes conceptuales de mis estudiantes en los cursos de Teoría e historia del marxismo, en la Universidad de La Habana. Tampoco es un manual de aprendizaje, no tiene la menor intención de dar instrucciones ni definiciones, amén de que “la voz de la autora” dificulte ocultar la vocación pedagógica. Y, por último, no es un folleto periodístico, aun cuando fue concebido en su totalidad para medios digitales de comunicación, con énfasis en el sitio web *Cubadebate* como repositorio principal de este esfuerzo reflexivo.

¿Qué tipo de libro es, entonces? Es, básicamente dos en uno: el de diálogos y el de transición, como nosotros mismos».

MARXLENIN PÉREZ VALDÉS



www.oceansur.com

